
ELLA BROOKE, JESSICA BROOKE
LA
OFERTA
DEL
Jeque

La oferta del jeque

Por Ella Brooke y Jessica Brooke

El índice de contenidos

Capítulo uno

—Qué mono es —dijo Kelly Kentworth sonriendo a su ahijado, Gabriel Hassem.

Unos dieciocho meses antes, su mejor amiga, Alana Fiora, se había emparentado con la familia real Al-Marasae. El acuerdo matrimonial no había estado exento de problemas. El jeque Dharr había engañado a Alana para que volviese a su palacio y se convirtiera en su esposa. Al principio tan sólo era su organizadora de bodas, pero digamos que fue *ascendida* cuando la novia de verdad fue descartada. Los comienzos no habían sido fáciles, pero poco a poco fueron sorteando las dificultades. Desde luego, Kelly nunca había visto a su amiga tan feliz. Se conocían desde hacía más de una década, cuando sólo eran compañeras de instituto, y nunca la había visto con esa permanente sonrisa en el rostro.

Indudablemente, su pequeñajo favorito era muy culpable de esa felicidad. Gabriel tenía los grandes y hermosos ojos azul turquesa de su madre. Se veían tan grandes en esa carita tan pequeñita que parecía un personaje de una serie de *anime*. Era precioso. Había heredado la piel aceitunada de sus dos progenitores, pero la mata de pelo rizado, igual que la de su abuelo y la de su tío Asam, era de la familia Hassem. Era un pequeño monstruito que correteaba por todas partes con pasos inestables y se lo llevaba todo a la boca. No más de cinco minutos antes lo había pillado con una pieza de Lego en la boca. Por lo menos era de las grandes. Ahora entendía por qué los padres se volvían locos buscando etiquetas en las cajas de juguetes y asegurándose de que no había partes pequeñas por ningún sitio. Gabriel andaría metiéndose canicas y un puñado de otros objetos peligrosos en la boca si Alana los dejase a su alcance.

Al parecer, «precoz» era el código que usaban los padres cuando en realidad querían decir: «No duermo nunca, así que ¿podrías ayudarme a vigilar a mi hijo las 24 horas del día durante los siete días de la semana?».

Era bueno saberlo.

—Es la flor más hermosa de mi jardín —dijo Alana ciñéndose con firmeza el caftán naranja tostado sobre los hombros—. Pero vamos, si quieres, te lo cedo durante un mes para que yo pueda descansar. A mí me vendría de maravilla.

A Kelly se le escapó una risa ahogada.

—Como si no tuvieras un montón de leales sirvientes a tu disposición que estarían más que encantados de ayudar a su jequesa con el futuro heredero.

—Técnicamente —dijo Alana mirando el palo que le había traído Gabriel del jardín como si fuese el Santo Grial—. Pero Faaid es el mayor, así que sus hijos son los primeros en la línea sucesoria. Estoy segura de que al abuelo Azhaar le interesa más asegurarse de que mi familia se queda con Petróleos Hassem S.A. Es algo menos urgente.

—Aún así puedes encontrar muchas formas de descansar. ¡Debe de haber niñeras de primer nivel por aquí!

—En teoría tienes razón, pero a Dharr y a mí nos gusta ser lo más prácticos posible. Nuestro hijo es la luz de nuestra vida. La abuela Yahira cuida de él cuando yo estoy trabajando en casos legales y su padre está en la sala de juntas, pero no quiero tener una legión de cuidadores. Dharr creció así y, aunque adora a su madre, es una infancia demasiado solitaria. O sea, en mi familia siempre hemos sido una piña. Quiero lo mismo para Gabriel.

Kelly asintió y sonrió cuando vio las flores que su ahijado le había traído. Estaba completamente segura de que antes de convertirse en una especie de masa deforme aquello habían sido unos pétalos de rosa roja. Esbozando una sonrisa aún más amplia, acarició la mata de cabello castaño de Gabriel.

—Qué mono. Me parece que vas camino de convertirte en un conquistador, hombrecito.

Alana soltó una carcajada mientras acariciaba la espalda de su hijo.

—No le des ideas. Su tío ya tiene bastante mala fama, y su padre tampoco fue un niño modélico precisamente. Aunque preferiría tener que preocuparme por que fuese dejando una ristra de corazones rotos por todo Oriente Medio, sobre todo aquí en Al-Marasae, a tener que lidiar con una afición por la Fórmula Uno.

—O por las carreras ilegales de coches.

Alana frunció el ceño y asintió después de hacer una pausa. Si el jeque Dharr se había visto forzado a salir a la caza de esposa tan pronto había sido porque su padre le había dado un ultimátum. Todo se había desencadenado por sus días salvajes en los que había arrastrado el nombre de la familia Hassem por los suelos. Uno de los ejemplos más estelares (si podía llamarse así) fue una carrera de coches con consecuencias desastrosas que dejó a otro jeque de un país vecino atado para

siempre a una máquina de respiración artificial. Exceptuando al hermano mayor, Faaid, los hermanos Hassem tenían una reputación que les precedía y ninguno tenía un currículum, digamos, impecable.

—Bueno, aún te quedan catorce años para que sea lo suficientemente mayor para sacarse el carnet de conducir —dijo Kelly—. Espera, ¿aquí hay una edad mínima para aprender a conducir? —añadió con un súbito pestañeo.

—En teoría no; aunque yo aprendí a los dieciséis y creo que esa edad está bien de sobra. De todas formas, disponemos de un chófer que nos lleva a todas partes.

—Vaya, ¡qué nivel!

Alana soltó una risa ahogada y bajó la cabeza.

—Ya me entiendes. Sigo prefiriendo hacerlo casi todo sola. No me estoy convirtiendo en una diva.

—¿Que no te estás convirtiendo en una diva? Pero si siempre has sido un pelín exigente y caprichosa.

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

—Cómo no, señorita abogada —contestó Kelly—. Por cierto, hablando de jeques malotes, ¿cómo le va a Asam?

—No me digas que estás haciendo una encuesta. ¿Has empezado a trabajar para la revista *Herederos Árabes*?

—No, pero si te dijera que no es más que simple curiosidad científica no me creerías, ¿verdad? —preguntó retirándose un largo mechón de cabello dorado de la cara. Alana se dejaba el pelo a la altura de los hombros, pero a Kelly le encantaba llevar el suyo más largo, por la mitad de la espalda. Si ya era un engorro en Las Vegas, donde vivía; después de una semana en Al-Marasae a cuarenta y nueve grados, era insoportable. No paraba de sudar. Notaba el pelo lacio y las gotas de humedad bajándole por el cuello.

Puf.

Se alegraría más o menos de estar pronto de vuelta en Las Vegas. No es que hiciera mucho más fresco, pero en otoño era al menos soportable. Aunque, eso sí,

tendría que regresar a su apartamento vacío, el que solía compartir con Alana antes de que su amiga pasara de abogada de altos vuelos a jequesa de una tierra exótica.

Era duro. No envidiaba la felicidad de su amiga, pero Kelly solo deseaba un poco para ella. Se pasaba todo el tiempo en el sitio web de citas MatchMe.Com y los pocos chicos con los que había ido más allá de la primera cita habían resultado ser unos tarados. El que coleccionaba sellos se había ganado un puesto de honor en las Olimpiadas de Perdedores. Además, todos palidecían en comparación con el que ella realmente quería pero que se le había escapado.

—¿Sabes? —dijo Alana esbozando esa sonrisa suya de Mona Lisa mientras sostenía a su hijo en su regazo—. Eres increíblemente trasparente. Si quieres saber cómo le va a Asam, no tienes más que llamarle. Puedo conseguirte su número. Además, se pasa todo el tiempo yendo y viniendo de Estados Unidos. Caramba, ese es su principal problema. No sabes cómo frustra a Azhaar, su padre. Un fin de semana está en Londres, el otro en Nueva York y el siguiente en Chicago.

—Mejor no me digas para qué —respondió Kelly por miedo a saber la respuesta.

Asam y ella no habían pasado mucho tiempo juntos. Solo había ido de visita a Al-Masarae un par de veces incluyendo la boda de su mejor amiga con Dharr. Aquella vez tuvieron una discusión monumental, al igual que aquella otra vez que fue de visita durante el Ramadán. La primera vez que se conocieron verdaderamente sintió que habían conectado. Habían mantenido una conversación relajada y divertida en la carpa de la piscina, pero después Asam desapareció sin más y la dejó plantada para irse con una compañía más, ejem, interesante. Asam se había escabullido con una *stripper* tragallamas (estaban en Las Vegas, donde habían hecho la despedida de solteros porque qué mejor opción que esa).

Después de aquello, cuando volvió a verle se odió a sí misma por seguir echándole de menos. Parecía una locura, pero en apenas unas horas habían tenido una conexión muy especial; sin embargo, esa chispa se apagó con demasiada rapidez. A pesar de lo enfadada que se había sentido las otras dos veces que se vieron y de la atracción que sentían cada vez que se encontraban, seguía teniendo otros sentimientos hacia él. Era atractivo, así que lo fácil habría sido echarle la culpa a la atracción física. Pero no era solo eso. El carisma de Asam tenía algo embriagador. Se había ganado a pulso el rol del “hermano divertido”, pero era algo más. Sentía una atracción tan intensa como la de la luna sobre las mareas.

Le daba mucha rabia caer rendida así.

Era lo último que quería, pero daba igual a cuantas citas a ciegas acudiera ni cuantas aventuras de citas online tuviera, no podía evitar desear que cierto par de ojos castaños le devolviesen la mirada en lugar de esas miradas vacías que recibía en su lugar. Ella quería al jeque encantador que olía a tomillo y especias. Deseaba que esas manos fuertes se aferrasen a las suyas. Esos pensamientos seguían persiguiéndola casi dos años después de haberle conocido, y Kelly llegó a la conclusión de que se le había ido la cabeza. A lo mejor tan solo quería una excusa para vivir en Al-Marasae al lado de su mejor amiga. O tal vez la selección de, seamos sinceros, perdedores de MatchMe no le atraía lo más mínimo. La cuestión es que no podía quitarse a Asam de la cabeza ni de la sangre que recorría sus venas.

Era como una droga que se resistía a desaparecer de su cuerpo a pesar del tiempo que había pasado.

Pero claro, si volaba de una ciudad a otra todos los fines de semana para disfrutar de clubs de moda y de mujeres de todo el mundo (su familia no era tan ortodoxa ni estricta como para no permitirle disfrutar de la fiesta como haría el miembro de una fraternidad universitaria), entonces es que Asam la había olvidado de sobra. Volvía a comportarse de forma patética y lo sabía.

Puf, que alguien acabe con su sufrimiento de una vez.

—Entonces Asam está disfrutando la vida, ¿no?

Alana suspiró y volvió a acariciar la mano de su amiga.

—Kelly, no es del todo así.

Kelly puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Vale. Es así, pero Dharr dice que siempre se ha comportado de esa manera. Siempre ha sido el menos responsable y el más juerguista. Imagino que es porque es el más joven. Bueno, háblame de los hombres de tu vida. Tiene que haber alguien.

Kelly soltó una carcajada y se inclinó para besar las rollizas mejillas de su ahijado. Parecía un querubín.

—Hay alguien. Se llama *Jasper*, es de color blanco, tiene un manto de pelo suave y unos bigotes largos. Ah, y la cosa va en serio porque los gatos son unos

toca…ejem…narices y yo sigo aguantándolo —respondió.

—Gracias por no decir palabrotas —dijo Alana, y soltó una risa sofocada—. Te juro que tanto Dharr como Faaid sienten la tentación de decir tacos en árabe cuando hablan de negocios por teléfono. Mi hijo se convertirá en un blasfemador experto si no nos andamos con ojo. Por lo menos yo intento limitarme a un idioma —añadió, y dio un ligero suspiro —. En fin, lo siento mucho. No es que *Jasper* no sea un gato fantástico…pero no es ni de lejos tan bueno como mi perro *Pumpkin*.

—Hala, venga, sigue echando sal en la herida.

—¡Cómo lo echo de menos! —dijo—. Pero no podía hacerle pasar por un viaje tan largo ni por el trámite de aduanas. Encima tiene mucho pelo y aquí hace demasiado calor. Menos mal que el terapeuta de mi padre le recomendó que se buscase un perro para que le ayudase. Si le entra ansiedad porque tiene ganas de jugar a las apuestas, no tiene más que distraerse con *Pumpkin*.

Kelly asintió sin querer borrar la sonrisa de su cara. El padre de Alana llevaba tiempo luchando contra su adicción por el juego. Había mejorado gracias a la terapia que Dharr había costeado generosamente. Seguía trabajando en su bufete de abogados, pero poco a poco estaba consiguiendo salir adelante y la compañía diaria de *Pumpkin* era muy culpable de su mejoría. No es que los perros fueran tan especiales. Los gatos eran claramente una especie superior. Después de todo, ¿qué animal era el dueño de Internet gracias a millones de videos virales?

Una pista: no era ninguna de esas máquinas de babear.

—Pero no puedo evitar preocuparme por ti. Estoy muy lejos y no quiero que te sientas sola.

—Mira, entre el trabajo en el Paradiso y los súper bufés que preparo los domingos, no tengo tiempo de aburrirme. Además, tengo a *Jasper* para cubrirme las espaldas. Sabe arañar bien, así que además me ofrece protección. Tengo una vida plena, en serio.

—¿Por eso me has preguntado por Asam después de tanto tiempo?

—Solo estaba haciendo un sondeo. Dime qué tal te llevas con Yahira y cuéntamelo todo sobre los tíos y primos de Gabriel. ¿Ves? Solo estoy charlando contigo sobre la familia.

—Claro, Kel, claro. De todas formas, si cambias de opinión te puedo

conseguir su número en un abrir y cerrar de ojos. A lo mejor va de un lado para otro porque ya ha encontrado a la persona que quiere pero cree que no puede tenerla.

Kelly se irguió y levantó la barbilla.

—Por supuesto que no puede. Me dejó plantada para irse con una tragallamas, y no una tragallamas cualquiera, no… ¡Una bailarina de *striptease*! No te preocupes, Alana, estoy bien. Era simple curiosidad. Sigue contándome secretos del clan Hassem.

***

Volver a casa fue duro.

El palacio siempre estaba rebosante de vida. Dharr y Alana no eran los únicos que vivían allí. Su hermano Faaid y su familia vivían en una de las múltiples alas del edificio, además de los padres de Dharr. Había un centenar de sirvientes e incluso el antiguo y ya retirado harén (habían sido del viejo jeque ya que los hermanos no parecían interesados en las tradiciones). Era como si hubiese una floreciente metrópolis detrás de las puertas del recinto. Pero esa no era la única razón. Su amiga vivía allí. Ya no podía oír su risa cada vez que quería ni darle un abrazo al final de un duro día de trabajo. No era lo mismo. También echaba de menos la cara sonriente y radiante de su ahijado e incluso esos atisbos tan adorables de Dharr y Alana cogiéndose de la mano o abrazándose con cariño.

No era solo por las personas que vivían en el palacio, sino por esa atmósfera cálida y familiar que emanaba del lugar. Al volver a la tranquilidad de su apartamento soltó un suspiro. Lo había dejado hecho una leonera antes de irse. Se le había echado el tiempo encima haciendo la maleta y había camisas y pantalones esparcidos por toda su habitación. Había contratado a un canguro de mascotas para que fuese de vez en cuando a limpiar el arenero al menos hasta el día antes de que ella llegase y, después de haber estado fuera durante una semana, volvía a acostumbrarse al intenso olor de la orina de gato. Evidentemente, el frigorífico estaba vacío y había algunos restos en un Tupperware que tendría que limpiar. Probablemente estarían verdes y cubiertos de pelusa, dando cobijo a nuevas formas de vida nunca antes vistas en este planeta.

Notó algo cálido y familiar frotándose contra sus piernas, así que se agachó para coger en brazos a su bola de pelo blanco favorita.

—Uff —dijo Kelly acercándose el gato al pecho—. Te estás poniendo súper

gordo, *Jasper*. Voy a tener que dejar de darte comida húmeda.

—¿Miau?

Kelly suspiró y le dio un beso en la nariz.

—Esta noche estamos solos, compañero. Nada nuevo, ¿no? ¿Encargamos comida en el chino y nos ponemos una peli o mejor pedimos pizza y leemos un libro?

—Miau.

—No eres de mucha ayuda —le reprendió mientras cogía el teléfono—. ¿La Posada del Mandarín? Soy Kelly Kentworth, llamo para encargar lo de siempre…

***

Capítulo dos

—Y ese sería el primer paso. Vamos a necesitar al menos un año para construir un hotel y un centro comercial de ese nivel en Zayed, pero los contratistas están cumpliendo los plazos establecidos. Si esto sale adelante, convertiremos Zayed en el próximo destino turístico de moda. Joder, Dharr, podríamos hacer de Zayed una ciudad que pudiese competir con Dubai. Vienes para comprar en Gucci, pero te quedas por las carreras de coches, las montañas rusas cubiertas y el patinaje sobre hielo. Algo de ese estilo.

Su hermano mayor esbozó una amplia sonrisa.

—La verdad es que suena muy bien, hermano, pero veamos si podemos sacarlo adelante y tenemos el empuje necesario para ponerlo en marcha. Por raro que parezca, a pesar de haber arriesgado mucho con varios pozos petroleros para Petroleros Hassem S.A., nunca he estado tan nervioso ante un proyecto. Después de todo, no paran de cerrar hoteles y restaurantes sin que se pueda hacer nada para evitarlo. Podría ser un exitazo al principio y luego ir perdiendo fuelle. Se trata de un proyecto completamente distinto para nosotros.

—Podríamos hacerle la competencia a las mejores atracciones de Las Vegas, Dubai o Nueva York —dijo Asam pasándose los dedos por la barba.

Al contrario que su padre, un hombre increíblemente conservador, Asam se dejaba la barba bastante corta. La llevaba un poco en pico, sobresaliendo ligeramente de su barbilla, pero no tenía nada que ver con la barba a la altura del pecho de su padre. Se parecía un poco a la del hombre del papel de cocina Brawny que había visto en sus viajes a los Estados Unidos. Tenía un aire un poco años setenta. Esa parecía ser la historia de su vida. Siempre atrapado entre dos extremos. Por un lado, las tradiciones de la familia Hassem y las expectativas de su padre, y por otro lado, sus estilo propio y su comodidad. También estaban los deseos de su padre de que fuese un representante de la familia responsable y competente. Hacía tiempo que Asam había dejado atrás la posibilidad de ser un buen hijo. Nunca sería el líder, como habían educado desde pequeño a Faaid, su hermano mayor, ni el poderoso hombre de negocios encargado de la empresa petrolífera familiar como Dharr. Él era el inútil, el viva la vida. Hasta ahora había sido incapaz de mantener el equilibro entre su estilo de vida de soltero promiscuo y las expectativas que el jeque Azhaar tenía puestas en él.

Joder, hasta sus hermanos tenían problemas para cumplir todos los mandatos y reglas que su padre les imponía. Al menos seguían adelante gracias a sus maravillosas familias. Lo único que Asam tenía por ahora, si los planes salían bien, era la esperanza de abrir un centro comercial y un hotel en los próximos meses. Aparte de eso, no era más que un «mujeriego incurable», como Dharr le decía a menudo bromeando, o algo incluso peor. Sus padres eran menos benévolos y frecuentemente le decían que era un sinvergüenza y un vago.

—¿Estás bien, hermano? —le preguntó Dharr—. Pareces distraído. ¿Necesitas contratar más asistentes o quieres te mande a Alana un par de semanas? Me gustaría asegurarme de que lo dejamos todo bien atado y de que no se aprovechan de nosotros. La experiencia me ha enseñado que los contratistas siempre encuentran la forma de escabullirse de sus obligaciones si no estás todo el rato encima de ellos.

—Y siempre te dicen que en dos semanas lo tendrán todo listo —añadió Asam, y soltó una risa sofocada—. No, yo no estoy nervioso como tú. Sé que es una idea fantástica y, aunque nunca he dirigido un hotel con centro comercial, vamos a contratar al personal adecuado. Aparte de eso, la familia Hassem siempre se las ha arreglado para sacar sus negocios adelante. Creo que también vamos a triunfar con esto. Además, si en algo soy un experto es en saber los lujos que más me gustan. Deberíamos tener eso en cuenta también.

—¿Así que todos los meses que te has pasado en la piscina del Hard Rock en Las Vegas o en el Plaza de Nueva York durante las vacaciones de invierno en realidad te estabas preparando para convertirte en el próximo Hilton?

—No apuntes tan bajo —le corrigió al tiempo que dejaba escapar otra risa ahogada—. Pienso convertirme en el siguiente Bellagio. Lujo de verdad. No voy a conformarme con menos de cinco estrellas Michelin.

—Yo me conformo con que lo saquemos adelante, que nada se incendie, que no recibamos críticas negativas o que no tengamos ningún caso de intoxicación alimentaria.

—¡Qué optimista! —exclamó Asam dejándose caer en el sofá de la oficina de su hermano—. Ya sé que es mi primer intento serio de poner en marcha un negocio.

—En casi treinta años —le corrigió su hermano.

—Sí, pero tengo un plan y, bromas parte, he llevado a cabo una ardua

investigación. Somos un mercado en expansión. Hemos triplicado el salario medio del país gracias al aumento del acceso fácil a recursos petroleros y, con el rápido incremento del índice HPI, también hemos atraído otro tipo de negocios. Tenemos el Mar Muerto lo suficientemente cerca como para que se pueda hacer un viaje de un día desde Zayed y del hotel. ¡Hay tantas posibilidades! Y, sí, tengo claro qué tipo de azulejos, caviar o tejido de rizo me gusta. Piensa en los ocho años tras graduarme de la universidad como años de estudio para saber lo que funciona y lo que no funciona en otros hoteles.

—Prácticamente en todos y normalmente acompañado de un buen número de acompañantes pechugonas —dijo su hermano.

Asam puso los ojos en blanco. Empezaba a notar cierto tono de censura hasta en la voz de su hermano Dharr y, normalmente, él era el único que le defendía. La tendencia de su familia de echársele encima era una de las principales razones por las que evitaba pasar tiempo en el recinto y en el palacio de Marasimaq. Si ahora se encontraba allí era porque era mejor repasar los planes en persona que hacerlo por Skype. Aún así, generalmente podía contar con la comprensión de Dharr en lo referente a su imparable estilo de vida y a su deseo de experimentar todo lo que la vida le ofrecía. A Asam le sorprendía un poco que incluso Dharr cuestionase sus decisiones últimamente. A lo mejor es que ser padre también le había cambiado a él.

La gente era así.

Al parecer, cuando uno tenía un crío se volvía más sabio que Buda y Confucio combinados. Aunque Asam adoraba a su sobrino Gabriel, dudaba que el pequeño hubiera traído consigo el secreto de la vida.

—¿Tú también, hermano?

Dharr arqueó una ceja.

—¿Yo también qué?

—No te hagas el loco. No se te da bien. No engañas a nadie.

—Pues sé más claro.

—Conozco ese tono. Significa que ahora eres como Faaid e incluso padre y madre y piensas que soy «el gandul que tiene que sentar cabeza de una vez».

—No es por nada, pero no he pronunciado la palabra «gandul» en toda mi vida.

—Es una forma de hablar —contestó Asam estirando las piernas en el sofá —. Tú también piensas que tengo que dejar de vivir la vida y de pasarlo bien.

—Dirigir un negocio como el Oasis a tiempo completo no te permitirá viajar tanto. Hay cosas que no se pueden hacer por email ni videoconferencia. Imagino que no se me da muy bien disimular.

—Se te da fatal —le corrigió Asam.

—En fin, te confieso que es algo a lo que llevo tiempo dándole vueltas, pero no en plan «eres una vergüenza para la familia». Soy el menos indicado para hablar de conductas intachables.

—Pero has cambiado mucho desde el accidente…Además, no fuiste el único que accedió a participar en la carrera.

Su hermano asintió, pero no dijo nada durante un rato. Asam lo entendía. Dharr había sido mucho más idiota e irresponsable que él. Al menos hasta el accidente de coche. Eso sí que no podía ni imaginárselo. No tenía ni idea de lo que sería soportar semejante sentimiento de culpa. Lo que sí sabía es que su hermano se había formalizado y que aquello le hizo madurar como pocas cosas podrían haberlo hecho. A veces se preguntaba si seguiría teniendo problemas para dormir y sufriendo pesadillas. Asam suponía que la única que podía saberlo era Alana.

Al cabo de un rato, Dharr consiguió recomponerse lo suficiente para seguir hablando o, al menos, para confiar en que podía continuar.

—Cambiando de tema, Kelly nos visitó la semana pasada y no parecía estar muy animada.

—Ya. Con ese carácter no me extraña que esté deprimida. La gatita tiene las uñas bien afiladas. De buena gana me sacaría los ojos de un arañazo cada vez que le hablo. Si con los demás tíos se comporta igual, va camino de convertirse en una loca de los gatos.

—Sabes que es un encanto. Alana y yo hemos decidido que seáis los padrinos de Gabriel.

—Pues eso será lo más cerca que estaremos nunca de ser pareja. He

intentado suavizar las cosas con ella, pero no te imaginas lo desagradable que fue conmigo en tu boda y en Ramadán. He llegado al punto que cada vez que intento hablar con ella me siento como si me echasen por encima un cubo de ácido. Es imposible tratar con ella. Además, ¿desde cuando vas de celestina, hermano?

Dharr se encogió de hombros. Vaya, le habían pillado.

—Desde nunca, pero Alana me dejó caer de forma muy poco sutil que, si no quería acabar durmiendo en el sofá, te dijera que te pusieras las pilas.

—Como si se lo permitieras. Eres un jeque. Si se enfada, que se vaya ella a dormir al sofá o a un hotel.

—Se ve que no la conoces. Es la mujer más cabezota y astuta que he conocido en mi vida. Debe de ser la abogada que lleva dentro. Pero ahora que ha salido el tema —añadió su hermano cruzándose de brazos—, tengo que admitir que estoy de acuerdo. Me dio la impresión de que hubo algo entre vosotros en la despedida de soltero y, seguramente, tú le hiciste algo después que le sentó mal.

—Me fui con una *stripper* tragallamas y desde entonces no deja de echármelo en cara. No tiene nada que ver una cosa con la otra. He intentado sin éxito disculparme o, por lo menos, tener una conversación civilizada con ella. Me parece que, aunque Kelly sea su mejor amiga, Alana ha malinterpretado sus señales. Créeme. Nada le gustaría más a la señorita Kentworth que ver mi cabeza clavada en una pica.

—Y que los americanos tenga el valor de decir que somos unos salvajes… —resopló Dharr—. Dudo que Kelly esté tan enfadada.

—Bueno, vale —se corrigió Asam, incorporándose un poco en el sofá e inclinándose hacia su hermano—. A lo mejor no quiere ver mi cabeza clavada en una pica, pero estoy seguro de que estaría encantada de castrarme. Agradezco que Alana se preocupe por su mejor amiga y que tú intentes ayudarme, pero a veces las cosas no funcionan. Además, tengo un yate privado esperándome la semana que viene con la mitad de la plantilla de los nuevos ángeles de Victoria’s Secret. Como dicen algunos: va a ser legendario.

Su hermano hizo un mohín de disgusto, como si acabara de chupar un limón.

—Sé lo que es divertirse, pero al final te acabas cansando. Me da igual que cuando te metas en tu habitación pienses que me he vuelto un sosaina o un

calzonazos, pero nunca he sido tan feliz como ahora, y sé que Gabriel y Alana son los culpables de esa felicidad. El apoyo y el amor incondicional de tu familia hacen que la vida merezca la pena. Dudo que haya suficientes modelos de ropa en interior en el mundo capaces de hacerte sentir algo así.

—¿Has conocido a todas las modelos de ropa interior del mundo? Vaya… esa sí que sería una buena meta en la vida —dijo Asam, y suspiró.

—No me creo que no seas más que un simple salido. A lo mejor te pegaba cuando ibas a la universidad, pero ya no. Por el bien de Alana, ojalá Kelly y tú podáis solucionar las cosas, aunque yo ahí no me meto. Sin embargo, por mucho que madre y padre intenten hacerte sentir mal, a mí lo único que me gustaría es que encontrases a la chica adecuada porque sé que, en el fondo, te sientes más solo de lo que dejas entrever, hermano.

—Estoy en mi mejor momento. Visito seis de los siete continentes cuando me apetece y estoy a punto de poner en marcha mi primer proyecto importante. No podría ser más feliz —dijo, y le devolvió una forzada sonrisa de complacencia a su hermano. Por desgracia, a Asam no le daba todo tan igual como le gustaría.

Puñetero Dharr. Le conocía demasiado bien.

—Lo que tú digas, Asam —le contestó con una sonrisa intencionada—. Puedes seguir mintiéndome todo el tiempo que quieras, pero en el fondo sabes cómo te sientes. Te lo digo porque yo también me sentía vacío hace dos años, antes de conocer a Alana. Aunque no sea con Kelly, sabes que es hora de que te centres y dejes de tontear con modelos de ropa interior —dijo, y se levantó de la mesa del despacho—. Bueno, tengo que ver a Alana. Hemos adquirido nuevos pozos de petróleo y está redactando los contratos para la fusión con otra compañía petrolera. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, y si alguna vez te cansas de tu salvaje vida de soltero, puedo decirle a Alana que te prepare una cita.

—Modelos de Victoria’s Secret, Dharr. No creo que me canse nunca —dijo al tiempo que se recostaba en el sofá y cerraba los ojos. Había llegado ayer de Los Angeles, donde había estado viendo un partido de los Lakers en primera fila. Asam todavía no se había recuperado del *jet lag* ni del cambio de huso horario. Una cabezada en el sofá de su hermano no le haría daño —. Pero gracias por el ofrecimiento —añadió, intentando al menos ser amable. Tenía el brazo izquierdo echado sobre los ojos y la mano ligeramente enredada en la mata de pelo negro rizado —. Me echaré una siesta rápida antes de volver a mi habitación. Estoy más cansado de lo que parece.

—Esta mañana por poco te duermes encima de la los dátiles con miel del desayuno. Es normal que estés cansado —dijo su hermano.

Asam se encogió de hombros y se alegró cuando su hermano salió del despacho. Por raro que pareciese, le resultaba más difícil lidiar con la preocupación cautelosa de Dharr que con las quejas directas de sus padres y de su hermano Faaid. Probablemente porque cuando el resto de su familia le sermoneaba diciéndole: «¿A qué estás esperando para casarte?», lo hacía con un tono condescendiente y egoísta. Era más porque la vida de Asam y sus, ejem, *hobbies* afectaban negativamente al nombre Hassem, que porque realmente se preocupasen por él. Esas charlas interminables y pretenciosas eran fáciles de ignorar. Algo que no era fácil de hacer en el caso de su hermano y de su ahora cuñada Alana porque se había dado cuenta de que sufrían por él.

El problema es que no sabía comportarse de otra manera. No estaba seguro de cuál era la clave para que sus intentos diesen resultado. Después de todo, por unas horas sintió que realmente había conectado con Kelly; notó algo que nunca antes había sentido con otra mujer.

Pero aquello no había sido más que un error y, desde entonces, ella no podía ni verlo.

Si Faaid y Dharr se encargaban de las empresas de la familia y de cumplir con las famosas responsabilidades, ¿qué había de malo en que él se divirtiese?

De repente, escuchó unos pasos torpes en el suelo de azulejos y un característico golpe acompañando cada paso arrastrado. Asam soltó un gruñido de disgusto y abrió los ojos. Como se temía, allí estaba su padre encorvado sobre el bastón. Con sus ojos oscuros entrecerrados, le miraba sacudiendo la cabeza, como si Asam fuese tan torpe de no ser capaz de percibir las claras señales de desaprobación de su padre.

En sus veintinueve años de vida las había captado lo suficiente como para saber que lo único que Azhaar Hassem sentía hacía él era decepción. Decepción mezclada con desprecio y unas ganas tremendas de excomulgarle.

—Padre, esperaba poder evitarte esta vez.

Su padre resopló y lo miró fijamente.

—Esperas poder evitarme cada vez que vienes. Y entiendo por qué. Imagino que es normal cuando sabes que eres una absoluta decepción.

Asam se levantó rápidamente. Aquella era la señal de que tenía que marcharse. Nunca salía nada bueno de estar cerca de su queridísimo padre.

—Me alegra saber que no has cambiado, padre.

—Tus hermanos por fin se han convertido en los hombres y líderes que esperaba que fuesen. Aunque tengo que admitir que a Dharr me costó convencerlo.

—Lo amenazaste y le obligaste a buscar una esposa. Luego, cuando quiso casarse con Alana, montaste un espectáculo porque, aunque su madre era libanesa, no era lo suficiente musulmana para ti.

—Su padre sigue siendo un infiel inútil, pero tu hermano se ha reformado. Ya no participa en carreras ni aparece en la presa sensacionalista ni en páginas webs obscenas de medio mundo.

—Me alegro por él. Faaid, en cambio, siempre ha sido Don Responsable.

—Supongo que tienes razón. ¿Pero qué voy a hacer contigo?

—Siempre he sido un firme defensor del «vive y deja vivir» —contestó Asam, e intentó pasar rápidamente por el lado de su anciano padre.

El viejo desgraciado sacó la mano con un movimiento brusco y le agarró con fuerza del antebrazo. Asam soltó un gruñido cuando su padre le clavó las uñas amarillas en la piel.

—Yo de ti no me lo tomaría tan a la ligera. Sabes que puedo desheredarte, ¿verdad, muchacho?

—Dudo que lo hagas.

—Estoy cansado de que vayas de cama en cama, a menudo con mujeres occidentales. Voy a proponerte algo parecido a lo que le dije a Dharr hace dos años. Vas a traerme a una esposa adecuada, una que yo apruebe, y lo vas a hacer en seis meses. Dharr me ha dicho que estás poniéndolo todo de tu parte para hacer del Oasis uno de los mejores hoteles de la tierra, pero no me fiaré de ti ni de tus instintos hasta que tú también tengas a tu lado a una mujer que te de estabilidad.

—Eso es una locura.

—Eres el heredero de una fortuna de miles de millones y de uno de los

reinos más antiguos de Oriente Medio. Tendrás la riqueza, el lujo…y el *respeto* de Al-Marasae solo si maduras como han hecho tus hermanos. Te doy seis meses, Asam. Y espero por el bien de todos que demuestres ser el hombre que Dharr dice que eres. Me sorprendería mucho, pero siempre me han gustado las apuestas. Si me traes una novia de verdad, seguirás siendo un jeque con todas las de la ley. Si no lo haces, espero que por tu bien hayas ahorrado dinero durante todo este tiempo porque, además, el Oasis será para otro miembro de la familia Hassem hasta el fin de los días.

Asam miró con furia a su padre y apretó los puños a los lados. Nunca golpearía a alguien tan débil como su padre; después de todo, creía firmemente en el juego limpio. Sin embargo, no consiguió reprimir su ira.

—Se te dan muy bien los ultimátums.

—No te lo niego, pero éste es muy real. O me demuestras tu compromiso, o reniego de ti. Así que si a partir de marzo no quieres verte durmiendo en el sofá de algún amigo americano alimentándote a base de crema de cacahuete, te sugiero que te apliques a fondo para encontrar a una mujer digna de nuestra familia.

—No te imaginas cómo te desprecio, viejo.

—No eres el único —su padre volvió a respirar con dificultad y emitió un siseo que enfureció aún más a Asam—. Yo de ti me pondría manos a la obra cuanto antes. El tiempo vuela.

***

Asam se quitó la chaqueta en cuanto regresó a su habitación de palacio. Sinceramente, desde que se marchó a estudiar a Princeton no había pasado allí más de dos o tres días seguidos. Todo con tal de evitar la mirada escudriñadora de sus padres y sus consejos irritantes. Y no era porque no le gustase el palacio. Sería contradictorio. Una cama *king-size* con un colchón maravilloso podía encontrarla prácticamente en cualquier hotel de cinco estrellas. En cambio, la tranquilidad que hallaba fuera de palacio no tenía precio. Claro que, solo en Marasimaq encontraba las maravillosas sedas, las suaves y coloridas almohadas y las antiquísimas alfombras que sus tátara-tátara (no sabía cuánto tenía que retrotraerse) tatarabuelos habían ido acumulando a lo largo de los siglos. El palacio era bellísimo, pero estaba hueco por dentro y, o bien le hacía desear no tener que sentirse atado a su familia, o bien, si eso nunca era posible, hacer que se sintieran orgullosos de él al menos una vez.

Creía que liderando el proyecto del Oasis, expandiendo el puñetero negocio familiar en una dirección totalmente innovadora en los casi cien años en los que la refinería de petróleo lo había dominado todo, conseguiría algo de respeto. A lo mejor su padre necesitaba ver el primer año de facturas antes de darle si quiera un gesto de aprobación de mala gana, que era lo más cercano a una bendición que ninguno de ellos recibiría de Azhaar Hassem.

Pero si no tenía la esposa correcta y un renacuajo de camino, probablemente nada de eso sería suficiente.

Sintiéndose repentinamente exhausto, más de lo que se le pudiera acusar al efecto del *jet lag*, Asam terminó de desnudarse y se metió en la ducha. Era una enormidad de mármol adornada con multitud de chorros de agua. Le encantaba sentir el agua caliente evaporándose alrededor de su cuerpo mientras se enjabonaba. Intentaba pasar el menor tiempo posible en Al-Marasae, pero incluso él tenía que admitir que todo cambiaría cuando dirigiese el Oasis. Aun así, había perdido práctica. De niño y de adolescente estaba acostumbrado a la arena seca que parecía meterse por todas las grietas y fisuras a causa de las tormentas de arena. Ahora estaba intentando quitarse de la piel esa sensación arenosa.

O a lo mejor su intención era otra.

Asam alargó una mano y empezó a acariciarse los testículos rodeándolos con suavidad con el pulgar y el índice. A continuación, bajó la otra mano y la deslizó a lo largo de su miembro. Después de hablar con su hermano solo tenía a una mujer en la cabeza. Mientras continuaba dándose placer se concentraba en imaginar a Kelly Kentworth. Tenía una figura curvilínea, tal vez un poco más curvilínea de lo que habitualmente le gustaba. Sin embargo, había algo tentador en sus sensuales caderas y en su delicioso escote, algo diferente después de pasarse años seduciendo a modelos delgadas como puñeteras perchas. Y esos ojos verdes. Esos ojos que brillaban como esmeraldas cuando sonreía. O esa melena larga y rubia. Unos ondas que caían en cascada por su espalda y brillaban como el oro al contacto con el sol.

Era preciosa.

Pero no era para él.

Sin embargo, continuó acariciándose, masajeando su erección hasta que sintió que le temblaban las piernas. Podía imaginarse cómo sería estar con ella. La sensación de éxtasis al deslizarse hasta su interior cálido, notando sus espasmos

envolviéndole. Se imaginaba recorriendo su lengua con habilidad por sus pezones. Sintiendo su piel suave y tersa bajo sus caricias. Deseaba con todas sus fuerzas que le diese otra oportunidad, hacerle llegar al orgasmo con un grito y una sonrisa dibujada en sus labios.

En ese momento él también alcanzó el clímax y se corrió descargando su semen sobre la pared de azulejos de la ducha. Sintió que las piernas le temblaban de nuevo y se apoyó en la pared con las palmas plantadas firmemente sobre la superficie.

Fue entonces cuando una idea traviesa vino a su mente.

Si su padre estaba empeñado en que buscase una esposa, joder, entonces sabía perfectamente a quién podía proponérselo. A lo mejor esta vez conseguía hacerla entrar en razón. ¿Qué tenía que perder aparte de toda su herencia?

Pero por Kelly merecería la pena. Solo tenía que convencerla.

***

Capítulo tres

—Recuerda que solo hay que poner unas capas finas de parmesano, pero en el centro sí tienes que añadir bastante requesón. El sabor ligeramente fuerte del queso hace que el sabor del relleno de los canelones destaque. Ah, y ten cuidado de no echar mucho ajo. La gente a menudo comete ese fallo y el ajo provoca acidez de estómago y mal aliento. Y claro, a ninguno de los clientes de nuestro famoso bufé le haría mucha gracia —dijo Kelly a su nueva *sous chef* con una sonrisa. La otra mujer también era una cocinera experta, ya que había trabajado en el Bellagio antes de llegar a la famosa cocina del hotel casino Paradiso. Sin embargo, era importante que Kelly le diese algunos detalles de su forma de hacer las cosas.

Tina se retiró un mechón de pelo castaño de los ojos y le devolvió la sonrisa.

—Tiene toda la lógica del mundo. No creo que me cueste adaptarme.

—Claro que no. No tiene mucha complicación. Nos centramos en obtener sabores limpios. Los ingredientes son frescos y los productos son de la zona, así que hablan por sí mismos. No es necesario especiarlos mucho cuando contamos con los mejores tomates de Nevada, por ejemplo.

Tina esbozó una amplia sonrisa y asintió.

—¡No te imaginas lo emocionada que estoy de poder trabajar con la famosa Kelly Kentworth!

Kelly soltó una carcajada.

—El trabajo ya es tuyo. Monique ya ha firmado tu contrato y, a partir de ahí, yo lo único que puedo hacer es pararle los pies cada vez que aparezca con alguna idea nueva en la cabeza. —Kelly decidió no mencionar que la heredera solía presentarse una vez en semana con alguna idea sinsentido sobre cuál era la mejor forma de dirigir el casino. Aquello era algo con lo que los trabajadores más antiguos habían aprendido a lidiar. También era la razón por la que no era sorprendente que, después de cinco años en el Paradiso, a Kelly se la considerase la empleada más antigua de la empresa—. En fin, tú te encargas de los canelones y yo me pongo con los raviolis rellenos de bogavante. Créeme, si pones algo con bogavante en un bufé, se acaba en un abrir y cerrar de ojos.

—Me lo imagino —dijo Tina—. Pero no estaba haciéndote la pelota. He leído que el año pasado el Paradiso ganó varios premios en el Concurso Culinario de Las Vegas. A pesar de que el Paradiso es relativamente nuevo, le diste una buena paliza a los venecianos en el apartado de comida italiana. ¡Algo impensable!

—Gracias —le contestó Kelly guiñándole un ojo y poniéndose manos a la obra. Limpiar el bogavante conllevaba mucho trabajo y tardaba en hacerlo más de lo que le gustaría. Pero bueno, al fin y al cabo era uno de los platos más famosos del Paradiso. La gente entraba en el casino para probarlo y todo el que entraba se quedaba para jugar a las apuestas—. Eres muy amable.

Era de agradecer que te elogiasen por tu trabajo. Kelly sabía que era buena en su trabajo. Dirigía al personal de cocina con aplomo y, por qué no reconocerlo, a veces con mano de hierro. Aunque a veces acababa quemada. Se moría por llevar su propio negocio. En sus sueños volvía a Nueva York, donde había aprendido el oficio en la escuela de cocina. Sería un local pequeñito, porque el alquiler en Nueva York es carísimo, pero su nombre aparecería en el cartel de la entrada y ya no tendría que soportar los arrebatos insoportables de Monique Dawson. Por fin sentiría que había alcanzado su sueño. Cuando eres jefe de cocina acabas queriendo tener tu propio negocio con tu nombre impreso en todas partes. Tenía un puesto de trabajo importante y bien pagado en el Paradiso, pero no era con lo que siempre había soñado.

Además, estaba harta del incesante calor de Las Vegas, de los cactus y de aquel paisaje amarronado y desolado. Quería volver a vivir en un sitio con estaciones. Por raro que pareciese, echaba de menos la nieve (aunque en Nueva York había momentos que aquello parecía el Apocalipsis). También echaba de menos las luces y la decoración de la Quinta Avenida y del Central Park en Navidad. En Las Vegas intentaban replicarlo; pero, rodeado por el desierto, el paisaje resultaba de cartón piedra.

No siempre había sido así, pero ahora que Alana se había marchado a medio mundo de distancia y ya no tenía a su lado a su fiel amiga, cada vez deseaba con más ganas volver a casa. Desde luego que trabajar en un sitio como el Paradiso, aunque tuviera sus altibajos, era una oportunidad única en la vida. No había cumplido aún los veintiocho y tenía un trabajo por el que mataría cualquier cocinero. Aunque no fuese su propio restaurante, no podía dejarlo.

Aquello hacía que se sintiera aún más aprisionada. Últimamente su vida consistía en soledad, aislamiento y acariciar a su gato cascarrabias por las noches. Sin Alana nada era lo mismo, y aguantar a Monique estaba acabando con su

paciencia.

A pesar de todo esbozó una sonrisa e hizo un gesto de aprobación con la cabeza a su nueva *sous chef* mientras se concentraba en su trabajo. Todavía le quedaban siete horas más. Sería mejor no enfadarse ahora. Era preferible dejarlo para cuando saliese del trabajo mientras se tomaba una tarrina de Ben & Jerry.

Estaban trabajando con un ritmo tranquilo y monótono, casi como zombis, cuando de repente escuchó que alguien tosió a sus espaldas. Al girarse, no le sorprendió ver a la espigada mujer de pelo oscuro erguida sobre ella. Monique Dawson era la heredera de una familia que se había dedicado toda la vida al negocio del acero y que, viendo venir el *boom* de la tecnología, invirtió grandes sumas de dinero en equipamiento médico durante la década de los sesenta. Su jefa tenía la nariz afilada y algo respingona, unos ojos marrones que lo escudriñaban todo con rapidez y el pelo de color castaño cortado a la altura de la barbilla. El noventa y nueve por ciento de las veces que Monique hablaba, lo hacía con desprecio.

Una carácter fuerte como el de Kelly no era precisamente de su agrado.

—¿Qué tal va todo, Kelly?

—Bien. Ya lo tenemos todo listo para el bufé del almuerzo y esto pensando en preparar pez espada para el menú a la carta de esta noche.

—Qué bien. Me alegro tanto de que seas una experta en la cocina —gorjeó Monique con tono zalamero. A Kelly no se le escapó la forma en que la otra mujer sacudió la cabeza mientras recorría con la mirada sus curvas y sus caderas. Se le daba bien cocinar porque estaba algo más rellenita que ella.

Bueno, para ser sinceros, alimentarse a base de caramelos Tic Tac y de agua no era una buena forma de aprender a cocinar. Con esa dieta tan básica, Kelly se imaginaba que Monique no era capaz de reconocer el sabor de ningún alimento y, mucho menos, de saber cómo cocinarlo al horno.

—Vivo por y para el Paradiso —añadió Kelly mirándola con el ceño fruncido—. Señorita Dawson, ¿necesita algo? Normalmente nunca se pasa por la cocina.

O mejor dicho, *nunca* se pasaba por la cocina. Claramente algo rondaba por esa cabeza llena de *Pradas* y *Chaneles*.

Monique le dedicó una sonrisa forzada. Kelly había visto tiburones con

expresiones menos amenazantes.

—He decidido renovar el bufé. Me parece estupendo que te haya dado por la comida italiana, pero ¿tienes idea de la cantidad de hidratos de carbono y grasas saturadas que contiene?

Kelly frunció el ceño. Por supuesto que lo sabía. Si estaban tan buenos era por el sabor que les daban el queso y las salsas cremosas.

—Pero a la gente le gusta.

—Sí, pero quiero algo totalmente diferente. Esperaba que pudieras crear un menú de cocina fusión. Algo vegano.

Kelly tosió. Debía de haberla oído mal. Sabía preparar algunos platos de comida sana, pero no eran su especialidad. Ya había unas cuantas opciones bajas en carbohidratos en el menú del Paradiso. Sus ensaladas eran famosas, sobre todo la de pollo a la parrilla con wasabi. Sin embargo, pasar de hacer comida italiana a comida vegana suponía dar un giro de 180 grados. No podían ser más diferentes y distaban mucho de lo que sus fieles clientes y los turistas que conseguían atraer esperaban encontrar en el menú.

—Claro que puedo, pero ahora mismo estoy bastante desconcertada.

Monique volvió a lanzar una mirada de desprecio a sus generosas caderas. Kelly reprimió las ganas de gruñir. En serio, no todo el mundo podía pasarse tres horas en la cinta de correr para quemar todo lo que se habían metido por el cuerpo ni comer como lo hacía Monique.

—Ya me lo imagino. Verás, he decidido darle un enfoque más sano a nuestro menú. Y como sé que la reputación de nuestra cocina se debe en parte a ti…

Corrección. Kelly era la única responsable. Antes de que ella entrase a trabajar en el hotel, el Paradiso no estaba ni en el top veinte de los mejores hoteles de las Vegas. Ahora, gracias a su cocina, se encontraba permanentemente entre los diez primeros.

—Así es. Y me esfuerzo a diario por mantenerla.

—Exacto. Así que ponte manos a la obra y prepárame algún plato de cocina vegana de fusión. Tráeme el primer plato de muestra esta noche y ya veremos qué podemos hacer para darle un aire nuevo a este sitio.

Kelly tragó saliva con dificultad. Aunque lo había oído alto y claro, se aguantó las ganas de decirle que repitiese lo que acababa de decir. ¿Darle un aire nuevo? Y una mierda. Con mucho esfuerzo había conseguido poner al hotel en el mapa y ahora Monique quería cambiarlo todo porque la comida sana estaba de moda. ¿Hablaba en serio?

Sin embargo, dado que necesitaba conservar su puesto de trabajo para no tener que irse a vivir debajo de un puente, continuó con una sonrisa forzada plantada en la cara. Ya se desahogaría gritando contra una almohada o algo parecido cuando volviese esta noche a su apartamento.

—-Creo que puedo hacer algo. Voy… voy a coger los ingredientes.

***

Cuando parecía que el día no podía ir a peor, al atravesar la laberínticas salas del casino y pasar por delante del bar se topó con algo que la dejó absolutamente boquiabierta. Eran solo las once; pero, por razones obvias, la sala siempre estaba abierta. Un casino que cerraba sus puertas durante unas horas era un casino que no maximizaba sus ganancias. Además, allí no entraba la luz natural. No había ventanas en la zona de las tragaperras y de las máquinas de juegos. Era un viejo truco para que la gente jugase sin parar, lo cual contribuía a que el alcohol fluyera libremente a todas horas. Después de todo, lo único mejor (y más propenso a cometer fallos) que un jugador, era un jugador exhausto y borracho.

Al parecer, Asam Hassem —a quien se alegraba de no haber visto desde que había ido de visita al palacio durante el Ramadán, casi nueve meses antes—, era uno de ellos.

Kelly había albergado la esperanza de no volver a encontrarse con él en unos cuantos meses más o incluso en décadas. En décadas habría estado bien.

—¿Estás de coña?

Asam le guiñó un ojo y Kelly hizo como si no fuese con ella. Mierda, ¿por qué era tan guapo? El jeque medía más de un metro ochenta, tenía la piel bronceada y unos ojos color avellana salpicados de motas doradas. Llevaba la barba un poco más larga de lo que a ella le gustaría, pero recordaba que cuando se enrollaron en la despedida de soltero de Dharr su tacto le resultó increíblemente sexy. Tenía la constitución delgada y fibrosa de un corredor y una suave mata de pelo negro rizado. Gracias a la despedida también sabía lo divertido que resultaba pasar los dedos por sus rizos.

Cosa que ni muerta se le ocurriría decirle.

Asam también era una rata despreciable que la había dejado tirada por la primera chica mona que había visto. Alguien que había pasado de ser tan, ejem, atento y simpático con ella, que parecía que realmente estaba disfrutando de su compañía y de la conversación, a desaparecer con una *stripper* en cuanto ella fue en busca de una copa. Llevaba intentado disculparse con ella desde entonces, y Kelly no entendía por qué no desistía de una vez. Solo porque su mejor amiga y su hermano estaban casados… O, joder, porque los dos eran los padrinos de Gabriel, no tenían por qué ser pareja. Ni siquiera tenían por qué ser amigos. Lo único que tenían que hacer era evitar discutir las pocas veces que estaban juntos delante de Gabriel. Como eso sucedía muy de vez en cuando, no tenía por qué ser demasiado difícil.

Excepto cuando Asam, con esa actitud sexy y relajada tan suya, estaba sentado enfrente de ella con un vaso de *whisky* en la mano.

Madre mía, las horas que eran y ya apestaba a alcohol. Seguro que había tenido una noche larga y, por extensión, una mañana aún más larga.

—En serio, ¿qué narices estás haciendo aquí?

—¿No puedo tomarme una copa?

—No puedes acosarme.

—No te acoso. Eso supondría un esfuerzo y no tengo fama precisamente de eso —dijo él.

—Hay cientos de bares de copas en Las Vegas; no tienes por qué aparecer en mi territorio —dijo ella cruzándose de brazos. No es que fuese a intimidarle con su poco más de metro sesenta de altura, pero soñar es gratis. No eran ni las doce del mediodía y estaba teniendo uno día de mierda monumental.

—Solo pasaba por aquí, *mon amie* —dijo él.

—Creía que estabas en Al-Marasae organizando el proyecto del hotel con centro comercial.

Él sonrió.

—Así que en el fondo te preocupas por mí… Seguro que le has preguntado a Alana por mí.

—Pues no. Son cosas que surgen en mitad de una conversación. También sé que la mujer de Faaid está esperando su tercer hijo y que en breve van a operar a tu madre de un pie. No te lo creas tanto.

Asam se puso de pie. Le sacaba fácilmente más de veinte centímetros. Su sonrisa se hizo más amplia cuando se acercó para retirarle un mechón de pelo de la cara.

—Tú si deberías creértelo. Te confieso que he venido solo para verte. Te he echado de menos, Kelly.

—¿Cuándo? ¿Antes de salir con la actriz de *Los Vengadores* o después de pasar las vacaciones con tu legión de modelos que hacen que Giselle parezca una vaca a su lado?

—Ninguna me gusta tanto como tú, *mon amie*.

—En fin, por encantador que seas incluso con ese aliento a alcohol y esas ojeras, tengo que marcharme a organizar un menú nuevo para mi querida jefa. Además, que yo recuerde no me han practicado ninguna lobotomía frontal últimamente, así que mejor nos vemos en otro momento. De hecho, ahora que lo pienso, mejor lo dejamos para el siglo que viene.

Asam la sorprendió besándola. No se lo pidió, lo hizo sin más. La lengua de Asam se entrelazó con la suya y sintió una excitación cálida que atravesó todo su cuerpo. Cuando él se apartó, tenía una expresión satisfecha y llena de orgullo.

—Me parece que te intereso más de lo que aparentas.

—Ya que estamos, a lo mejor también aprendes a respirar debajo de agua o inventas la fusión nuclear. Hay las mismas probabilidades.

Un ligero destello de rabia atravesó los ojos de Asam.

—No me retes, Kelly.

—Ohhhh —dijo alegremente dirigiéndose a la salida. No era fácil encontrarla en mitad de ese laberinto, pero por suerte llevaba tiempo trabajando allí —. Y yo que pensaba que era lo que más te gustaba de mí.

—Sabes que me quieres, deja de fingir.

—Quiero muchas cosas, y tú no estás ni si quiera en lo más alto de la lista, Asam —dijo ella antes de perderse entre la gente.

***

—He intentado darle más sabor al cuscús acompañándolo con un revuelto de berenjenas y espárragos. Añadiéndole unas hebras de azafrán y una pizca de pimentón evitamos que quede soso. Tengo una concepto parecido para un plato de tofu, así también incluimos unas proteínas extra en el menú —dijo mientras le presentaba el plato a Monique e intentando sonar lo más optimista y honesta posible.

Su jefa tomó un par de bocados y los masticó pensativa, lo cual debía de suponer un récord para la señorita Dawson. Kelly sospechó que hoy pasaría una hora más en la cinta de correr para compensar. Pobrecita.

—Sigue estando seco.

—Puedo asar el revuelto en lugar de hacerlo a la plancha.

—O a lo mejor no eres capaz de hacer otra cosa que no sean platos con toneladas de nata y mantequilla —dijo su jefa con énfasis —. Mira, entiendo que alguien que parece la doble de Melissa McCarthy sea incapaz de comprender la necesidad de llevar un estilo de vida saludable…

Kelly respiró hondo y se recordó por enésima vez en el día que necesitaba ese puesto de trabajo y que, aunque su jefa fuese una maleducada de mierda, no podía dejar que eso le afectase. Además, tenía una talla cuarenta. Vale que no tuviese una figura menuda, pero Miss Anorexia 2015 tampoco tenía por qué hacerle esos comentarios tan desagradables.

Bueno, vale, después de su último viaje a Al-Marasae y todas las exquisiteces del palacio, a lo mejor había subido una talla; pero, aún así, no tenía derecho a hablarle de esa manera.

En fin. De todas formas, dudaba que esa estirada notase la diferencia.

—Puedo intentar hacer algo diferente. Me cuesta un poco más cocinar comida vegana, pero sé soy capaz de hacerlo. Tengo algunos compañeros en Nueva York a los que había pensado visitar para que me diesen algunas ideas. Si tuviese una o dos semanas en lugar de seis horas, podría ofrecerte el menú de comida

fusión que buscas.

—Te doy dos semanas. Espero que me traigas doce plantos y tres postres que podamos usar para el menú del nuevo Paradiso. Me tienen que encantar. Si no lo consigues, me buscaré un jefe de cocina de verdad. Uno que no utilice queso como ingrediente base de todos sus platos.

Kelly apretó los dientes mientras asentía enérgicamente. Parecía uno de esos muñecos cabezones con la cabeza móvil. Era en lo único en lo que podía pensar para contenerse y no acabar cogiendo a su jefa por el cuello. Volvió a regañarse mentalmente. Por mucho que Monique se lo mereciese, no podía permitirse quedarse sin trabajo y, encima, ir a la cárcel.

—Veré lo que puedo hacer —le contestó.

Le faltó tiempo para decirle a Tina y a Elan que hoy mismo se marchaba a Nueva York durante dos semanas. Cualquier cosa con tal de evitar humillarse más.

Si tenía las mejillas humedecidas al salir de la cocina, no era porque hubiese llorado. Era bastante mayorcita para eso, ¿no?

***

Capítulo cuatro

Desde luego, ser rico tenía sus ventajas. Una de ellas era que, si uno bebía, no tenía que preocuparse de conducir. La limusina que había alquilado en el aeropuerto lo estaba esperando en el aparcamiento del Paradiso. En contra de todo pronóstico se había quedado en el casino, y en todo ese tiempo había estado haciendo algo más que tomarse unas copas en la barra del bar. También se había pasado por la mesa de los apostadores de alto nivel para echar unas partidas de póker y, dado el estado de embriaguez en el que se encontraba, perdió unas cuantas manos. En fin, si solo le quedaban seis meses de herencia, qué menos que disfrutarlos.

Sin embargo, ahora iba arrastrándose hasta su limusina después de haberse pasado siete horas bebiendo y jugando desastrosamente a las cartas. La última persona que esperaba encontrarse antes de meterse en el coche era a Kelly Kentworth llorando desconsolada. Asam sintió una puñalada en el corazón cuando vio cómo las lágrimas le caían rodando por las mejillas. Lo último que quería era verla triste. Se había estado sintiendo fatal desde que vio en la boda de Alana y Dharr lo dolida que estaba por lo que había pasado en la despedida de soltero. Le daba rabia haberle hecho daño y no haber sido capaz de hacer las paces con ella después de tanto tiempo, así que al verla en ese estado sintió un dolor que le atravesó las entrañas, como si unos colmillos le desgarrasen la piel.

Aunque sabía que era la última persona a la que querría ver, no pudo evitar acercarse para ver qué le pasaba e intentar hacer algo para que se sintiera mejor, por muy remota que fuese esa posibilidad.

—¿Qué te pasa, *mon amie*?

Kelly soltó un resoplido al tiempo que se retiraba un mechón de pelo dorado de la cara.

—¿Qué más te da?

—Me importa, y mucho —le dijo acariciándole la mejilla. Asam se alegró al comprobar que le dejaba hacerlo, aunque reconocía que antes también había disfrutado robándole un beso. Después de todo, ere un jeque; nada más y nada menos que un Hassem. Tenía derecho a hacer lo que le apeteciese, aunque en el fondo le encantaba que Kelly se lo pusiera difícil. En parte, lo que más le excitaba de ella era el constante tira y afloja y su fuerte temperamento.

—¿Por qué estás tan triste? ¿Es por mi culpa?

—No asumas nada, Asam. Nos hace quedar como idiotas.

—¿Entonces no es por lo que pasó esta mañana?

Kelly exhaló un suspiro tembloroso.

—No, tú no tienes la culpa. Básicamente, mi jefa, que dejaría en pañales a la bruja de *El diablo viste de Prada*, ha decidido que quiere «veganizar» el menú del restaurante y me ha dado dos semanas para hacerlo. Si no le ofrezco algo que le convenza, me despide. Después de haberme pasado cinco años dejándome la piel para convertir al restaurante en el mejor italiano de Nevada… Encima tiene una forma de hablarme… A veces es muy duro aguantar que te miren y te traten como una mierda solo porque tienes unos kilos de más.

A Asam se le escapó la risa por la nariz y continuó acariciándole la mejilla, sintiendo la suavidad de su piel bajo los dedos.

—Sabes que eres preciosa, Kelly.

Ella dio un paso atrás y él hizo el intento de volver a acercarse.

—Al parecer no lo suficiente. No sé por qué te he dicho nada.

—Porque confías en mí.

—No, de eso nada. Bueno, quizás tengas algo de razón. Aparte de *Jasper*, eres al único que conozco en toda la ciudad.

Cuando escuchó el nombre de ese tal *Jasper* apretó los puños. ¿Había otro que ocupaba su lugar? ¿Al final había conocido a otra persona?

—¿Quién es *Jasper*? —preguntó, intentando sin éxito sonar relajado.

Ella esbozó una sonrisa pícara, borrando por primera vez el gesto de consternación de su rostro.

—Es el pilar de mi vida. Un compañero dulce y fiel que me espera todas las noches al llegar a casa después de un duro día de trabajo.

—¿Vivís juntos? —Una oleada de frustración le recorrió por dentro.

—Sí. Es tan fuerte y leal…

—¿Y crees que le molestaría que te invitase a cenar?

—Bueno, le molestaría que no le llevase un poco de atún para llevar. *Jasper* es mi gato. Me temo que soy un cliché con patas.

Asam dejó escapar un suspiro de alivio y esperó que ella no se hubiese dado cuenta. Kelly arrugó los labios de forma adorable, como un conejito, y él tuvo que admitir que pocas cosas le ponían más que verla hacer ese gesto.

—Vaya, así que te estabas quedando conmigo. Entonces podríamos tomarnos algo, *mon amie*. Eres un poco traviesa, ¿no te parece?

—Soy muchas cosas —dijo con un pequeño suspiro lloroso. Asam se alegró de que ya no estuviese llorando a lágrima viva.

—Verás, da la casualidad de que tengo una limusina esperándome. ¿Te apetece que vayamos a cenar? Tú eliges el sitio. Dime dónde quieres ir y yo te llevo.

—Eres mi príncipe azul a domicilio.

—Lo has dicho tú, no yo —dijo con satisfacción.

—Tienes las expectativas muy altas, mi querido jeque —dijo ella antes de romper a reír—. Voy a llevarte a un sitio al que seguro que no has ido nunca, y después nos relajaremos un poco.

—Vaya… Me gusta cómo suena eso.

—Estoy segura de que no es lo que te imaginas —dijo negando con la cabeza —. Necesito poner a parir a esa harpía para la que trabajo, pero no va a pasar nada más. No te creas que me he ablandado.

—Bueno, eso déjamelo a mí.

***

Asam miró su plato con el ceño fruncido. Las bebidas estaban bien y estaba disfrutando de los (abundantes) julepes de menta de La Choza de la Señorita Carol. Había probado la cocina del sur de los Estados Unidos una vez que visitó Nueva Orleans, pero a raíz de aquella experiencia había asumido que se trataba de comida

picante a menudo acompañada de salchichas (salchichas que por su bien, tenía que asegurarse de que eran de pavo). No esperaba que le pusieran un plato de pollo frito con gofres. Eso sí que no lo había probado nunca.

—¿En serio?

Ella sonrió y dio un pequeño sorbo a su segundo julepe de menta de la noche antes de pedirle a la camarera una copa de *bourbon*.

—Es un plato típico. No has vivido si no has mezclado el dulce de los gofres con sirope de arce con la intensidad del pollo frito. No me digas que has viajado por todo el mundo y nunca te has comido un plato de auténtica comida casera.

—He probado la sopa de quingombó.

—Eso es una pijada. Ay, estoy tan dolida, Asam. Creía que eras un hombre de mundo.

—Lo soy, pero no le veo la gracia a mezclar algo que te tomarías en el desayuno con un pájaro frito.

Ella volvió a sonreír y empezó a pinchar en su plato.

—Carol y yo fuimos a la misma escuela de cocina de Nueva York, aunque ella estaba un curso por encima. No es que seamos amigas, pero siempre te alegras cuando a alguien que conoces le va bien en Las Vegas. Joder, esta ciudad puede ser tan dura y tan solitaria… Así que es de agradecer que haya una cara conocida dispuesta a ofrecerte una sonrisa amable cada vez que os encontráis. De todas formas, esto no es más que el principio. Ya verás cuando pruebes la tarta de nuez pacana con nata. Yo seré buena, pero lo que Carol es capaz de hacer solo con un pedazo de manteca es una locura.

—Si tú lo dices —añadió él clavando el tenedor en el gofre. Si se los comía por separado, a lo mejor la combinación no le parecería tan rara.

—Es verdad. Es uno de los mejores sitios en los que he comido en toda mi vida, y he estado en unos cuantos para ver cómo trabajan los demás. En serio, jeque mío, coge un trozo de gofre y de carne. Ya verás como no has probado nada igual.

Él alzó una ceja.

—A lo mejor tienes razón, pero la mezcla no acaba de convencerme.

—Ya verás como te gusta —dijo ella preparándole un tenedor con la cantidad exacta de la ecléctica mezcla —. Vamos, hazlo por mí. Dame el gusto, que he tenido un día de mierda.

—No sé si seré cap… ¡Oye! —exclamó cuando ella le metió el tenedor en la boca en mitad de la frase. Enfadado, se puso a masticar y, por raro que pareciese, tuvo que admitir que el dulce del gofre y el sabor sabroso del pollo casaban a la perfección. Bueno, por lo menos tenía que reconocer que estaba equivocado—. ¿Tan sola te sientes aquí?

—A veces trabajo catorce horas al día. Al menos cuando estaba Alana era diferente. Éramos inseparables cuando íbamos al instituto, así que me dio mucha alegría retomar la relación con ella cuando terminé la escuela de cocina. Pero una cosa es salir por ahí con tu amiga de toda la vida y otra muy diferente intentar hacer amigos cuando eres adulto. Incluso aunque dispusiese del tiempo, dudo que fuese capaz de hacer amigos en clases de yoga o de pintar cerámica.

—¿Vas a clases de alfarería?

—En realidad lo que hacemos es pintar las piezas ya hechas y luego meterlas en el horno para que se fijen los colores. No es lo mismo—dijo guiñándole un ojo.

Ya llevaba su *bourbon* por la mitad, pero desde luego él era el menos adecuado para juzgarla teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que llevaba metido en el cuerpo. Además, estaban a gusto. Ella se había soltado y, por primera vez desde que se conocieron, estaban teniendo una conversación de verdad. Estaba cansado de fingir; de comentarios cortantes llenos de desdén y resentimiento. Era agradable estar así, así que si tenía que ponerse de rodillas sobre una alfombra de rezo y darle las gracias al lúpulo y a la malta fermentada por hacerlo posible, no se lo pensaría dos veces.

El cambio era de agradecer.

—Nunca he entendido esas aficiones tan sosas que tenéis los americanos. Yo me conformo con una mesa de apuestas o con un poco de alcohol. O con ir a una discoteca y descargar un poco de adrenalina en la pista de baile.

A ella se le escapó la risa por la nariz.

—¿Así le dicen ahora?

—No me refiero a «bailar el mambo horizontal». No soy ningún puritano,

mon amie, pero desde luego lo último que se me ocurriría hacer para pasar el tiempo sería sentarme a pintar cerámica. Ya que te pones, qué menos que hacer algo que merezca la pena.

Kelly puso lo ojos en blanco.

—Ya. Sé perfectamente lo que te va, Asam. Yo y casi toda la prensa amarilla de Occidente y de Oriente Medio. Para ti, «hacer algo que merezca la pena» significa acostarse con la mitad de las modelos de un desfile.

—No te creas, ya no me va tanto como antes —dijo satisfecho al comprobar que, por un momento, ella se quedaba inmóvil y lo miraba con los ojos abiertos de asombro y con un atisbo de esperanza. Eran los mismos ojos que le perseguían hasta en sueños. Unos ojos que brillaban como esmeraldas y despertaban algo primitivo y salvaje en su interior.

—Ah, es verdad, ahora tienes una nueva faceta emprendedora. Estoy segura de que eso no significa que de repente seas un santo. Vamos, Asam, no puedes estar más alejado del estereotipo.

—Puede que tengas razón, pero si yo tengo una nueva pasión y a ti tu jefa te está volviendo loca… Me da la impresión de que eres profundamente infeliz y de que no es solo por lo del menú vegano o porque Alana ya no viva aquí. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa? —preguntó metiéndose otra porción de pollo con gofre en la boca. Tenía que admitir que, ahora que ella lo había convencido, la combinación estaba bastante bien. A lo mejor podía darle la receta al chef de palacio o, siendo más realistas, a Omar.

—¿Ves? Sabía que te gustaría —dijo ella, e hinchó el pecho con orgullo.

Él apreció el gesto. Kelly tenía unos atributos espectaculares. Si alguna vez pudiera, no le importaría pasarse un día entero con la cara enterrada entre sus pechos voluptuosos y redondeados. Ojalá no se le hubieran ido los ojos detrás de otra el día que se conocieron. Pero tenía que centrarse. Todavía tenía posibilidades de llevar a casa a una esposa a las alturas de las exigencias de su padre. Todo lo que Asam tenía que hacer era centrarse, ofrecerle un hombro en el que llorar. Con edicto matrimonial o sin él, es algo que haría gustosamente. Nunca había visto a nadie tan destrozado como a Kelly cuando se la encontró en el aparcamiento una hora antes.

Asam esperó a que ella se pidiese otro *bourbon* antes de seguir insistiendo.

—No, ahora hablando en serio: ¿qué es lo que de verdad te gustaría hacer? No te imagino quedándote aquí sola cocinando un estilo al que seguro que te adaptas sin problemas, pero por el que no sientes ninguna pasión.

—Bueno, preferiría dedicarme a mirar muestras de solerías y escoger un patrón de azulejos que atraiga a Gucci y a Prada a tu pequeño centro comercial.

—Primero: se trata de un lugar que hará de las compras una experiencia única y exclusiva.

—Ajá…

—Segundo: es mucho más interesante que revisar tropas o encargarse del funcionamiento de los pozos de petróleo. Creo que va a ser divertido. En fin, no me has contestado. ¿Cuál es tu sueño?

Ella suspiró y encorvó los hombros. A veces era fácil olvidar que, a pesar de su temperamento fuerte y orgulloso, Kelly era bastante pequeñita. Se trataba de una mujer vulnerable a la que últimamente habían pisoteado con demasiada frecuencia, y Asam era solo uno de los culpables.

—Siempre he querido tener mi propio negocio. Me encanta trabajar con mis compañeros, y estoy orgullosa de la reputación que con tanto esfuerzo había labrado para el Paradiso antes de que la mini Fuhrer que tengo por jefa se obsesionara por que sirviéramos comida para conejos; pero no tiene nada que ver con ser tu propio jefe y que tu nombre aparezca en la marquesina del restaurante. Ya no tendría que volver a pasar por el aro ni preocuparme por tener que cambiar todo el menú de buenas a primeras. Podría ser yo misma.

—Me parece una buena ambición.

—¡A que sí! —dijo entusiasmada, tal vez levantando la voz demasiado, aunque los dos ya estaban bastante borrachos como para que les importara—. Pero para hacer eso hace falta dinero. Si te soy sincera, mi plan de ir a Nueva York tiene menos que ver con investigar las nuevas tendencias en cocina vegetariana y más con tantear el terreno para ver si alguno de mis antiguos compañeros necesita una *sous chef*.

—¿Una qué? —dijo frunciendo el ceño y retorciéndose un poco el bigote.

—Una segunda al mando. No me importaría bajar de escala con tal de estar lejos del carácter volátil y el mal genio de Monique, y de su lista interminable de

gilipolleces.

Él se acercó y le cogió las manos.

—No te conformes con ser la segunda mejor opción. ¿Por qué no abres tu propio negocio?

—Porque me ha ido bien, pero no lo suficiente como para sacar el dinero que necesitaría para la Gran Manzana. Ni siquiera vendiendo el apartamento que compartía con Alana tendría suficiente… No, es imposible. Nunca conseguiría salir adelante. Lo único que puedo hacer es ver si hay algún puesto libre y empezar a ver el tofu con otros ojos.

—Tiene que haber otra solución.

—Qué va, nada. Estoy sola y jodida, pero jodida en el mal sentido de la palabra. A menos que… —Se le escapó un hipo y estalló en una risa nerviosa— … esta noche acabe jodida en el mejor sentido de la palabra.

—¿Qué? —preguntó él, y notó que su miembro se endurecía contra la tela tirante de sus pantalones. Después de haberse pasado dos años odiándole, Kelly no podía estar hablando en serio.

—Llévame contigo a cualquiera que sea el ático fabuloso en el que te vayas a quedar esta noche, Asam. Estoy harta de estar sola, y es la primera vez que un hombre atraviesa medio mundo por mí. Sé que esto es culpa del *bourbon*.

—Y de los julepes de menta. Los julepes también han influido un poco.

Ella asintió, con sus preciosos ojos verdes abiertos de par en par.

—Sí, sí, lo sé. No pido coros celestiales ni algo para toda la vida, Asam. Por una noche no quiero sentirme como una mierda. Además, ni estás sobrio ni eres ningún santo.

Pero yo te quiero para algo más que una noche y no quiero ser un error del que te arrepientas mañana por la mañana.

Eso no lo dijo en voz alta. Había aprendido de su padre que los jeques no expresaban sus sentimientos. Sus deseos eran órdenes, y así había sido durante miles de años en sus tribus. No era necesario expresarse cuando tus súbditos tenían que cumplir todas tus órdenes. Asam no quería llevarlo hasta ese extremo, pero

siempre había ocultado cualquier duda que pudiera albergar detrás del sarcasmo y de su llamativa presencia.

Si esta era su única oportunidad con Kelly, tenía que aprovecharla. Además, si la llevaba a su hotel podría convencerla, explicarle sus planes. A tomar por culo. Si se resistía demasiado, siempre podría hacer como su hermano y llevarla por la fuerza. No es lo que le gustaría, pero su padre no le había dado mucho tiempo y él solo quería a la temperamental rubia a su lado.

Pero el primer paso era pasar más tiempo con ella.

Asam se levantó y la cogió de la mano, mucho más pequeña que la suya.

—Ven conmigo, *mon amie*, voy a enseñarte todo lo que puedo ofrecerte.

***

—¿Sabes qué? —dijo ella cogiendo una de las sencillas sillas de madera de la cocina.

La *suite* tenía un comedor enorme y estaba amueblada al estilo Chippendale, con gigantescas piezas coloniales y asientos cubiertos de seda. La cocina era más sencilla y solo tenía una mesa con sillas pequeñas. Kelly se había sentado en una de ellas. Bueno, «sentado» no era exactamente la palabra. Le había dado la vuelta y estaba echada sobre su respaldo, sentada a horcajadas de manera provocativa. Asam detestaba que llevase puestos unos pantalones de cocina anchos con un estampado de pimientos rojos. Si en su lugar llevase una falda, las vistas habrían sido envidiables.

Como si le hubiese leído la mente o, tal vez, su lenguaje corporal, arqueó la espalda y dejó que su cabello cayese en cascada.

—En realidad sí he intentado hacer algo para ponerme más en forma.

—Estás perfecta así —dijo él pasándose la lengua por los labios y cambiando el peso de una pierna a otra. Con un poco de suerte ella no notaría la enorme erección bajo la tela tirante de sus pantalones; aunque, por otro lado, también esperaba que lo hiciese. Nunca había ocultado lo mucho que la deseaba, y ahora que parecía que estaba jugando con él al juego del gato y del ratón, la deseaba todavía más —. No tienes que cambiar nada.

—Mi jefa no deja de insinuarme que estoy gorda.

—Tu jefa es imbécil —dijo él rodeando la silla y alargando las manos para agarrar su sensual y redondeado trasero —Eres una diosa. Créeme.

—¡Sales con modelos!

— Siempre me han gustado las mujeres con curvas —le susurró al oído antes de acercarse para darle pequeños mordiscos en el cuello. Ella sintió un escalofrío de placer, y su cuerpo se estremeció bajo sus caricias. Él decidió ir a por más frotando suavemente la barba contra la fina y delicada piel de su cuello.

Ella volvió a estremecerse y comenzó a mover las caderas lentamente contra el respaldo de la silla. Él sintió una oleada de sangre tan fuerte en su erección que empezó a tener dificultad para pensar. A lo mejor esa era la intención de esta chica suya tan traviesa.

Si era así, sus planes eran más que bienvenidos.

De hecho, los apoyaba al cien por cien.

—Tiene gracia.

—¿El qué? —dijo él con voz ronca mientras seguía acariciando sus nalgas aún sabiendo que ella estaba retorciéndose de placer.

—Resulta que Alana ha empezado a recibir clases de danza del vientre y que incluso (no se lo digas a Dharr porque va a ser una sorpresa por su aniversario) está aprendiendo la Danza de los Siete Velos.

Su miembro se estremeció bajo la tela de seda italiana de sus pantalones, y al instante sintió celos de su hermano mayor. Pero qué mujer tan considerada tenía Dharr, qué amable por su parte pensar en algo que haría tan feliz a su marido por su aniversario. A lo mejor resultaba que las dos amigas eran en el fondo sorprendentemente atrevidas y por eso Kelly y Alana se habían llevado tan bien desde el principio.

Soñar era gratis.

—¿Y?

—Y yo he estado tomando clases de baile con silla. Si pones algo de música puedo enseñarte mis pasos de bailes patéticos y pasados de moda.

Él dio un paso atrás y se plantó delante de ella. Si Kelly estaba ofreciéndose para seducirle, ¿quién era él para quejarse? Sacó el teléfono móvil y se puso a buscar rápidamente en Pandora hasta dar con una de las canciones antiguas de Britney Spears. Distaba mucho de su estilo, pero había pocas cantantes que pegasen más para el baile en silla (o, por qué no, para el baile en barra de *striptease*) que la antigua chica Disney.

El bajo de la canción resonó en la *suite*, atenuado solamente por la capacidad limitada de los altavoces del teléfono. Entonces la cantante comenzó a emitir su típico gemido con voz profunda. Cuando el ritmo comenzó a subir, Kelly se puso de pie. Él emitió un gruñido de placer y sintió el deseo recorriendo sus venas aún temiendo que aquello no fuese más que un avance. Aún así, notó el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y enviando una oleada imposible de sangre a su entrepierna cuando ella empezó a rodear la silla a paso lento y sensual.

Cada vez que daba un paso, Kelly movía las caderas como seductora tarjeta de presentación. Él fijo sus ojos en su trasero, en la combinación perfecta de músculos tonificados y deliciosas curvas que ella movía a propósito. Entonces levantó un pie rápidamente al ritmo de la música y lo puso sobre la silla. Britney exhaló un grito y Kelly arqueó la espalda, esta vez sacando el pecho hacia fuera, con el montículo suave de sus pechos estirado contra la tela ajustada de su camiseta de algodón. Él se alegró de que fuese de color blanco. Pudo entrever a través de sus movimientos que llevaba puesto un sujetador de color negro.

Ella volvió a bajar la pierna y se alejó un paso de la silla. Cuando la música retomó el ritmo, se inclinó y deslizó sus pantalones por sus piernas con un gesto ensayado, revelando la piel pálida y cremosa de sus piernas y las braguitas negras a juego.

Kelly se deslizó detrás de la silla con movimientos sensuales, permitiendo que él atisbase su trasero a través de los listones de la silla. Ella le sorprendió al agarrar el alto respaldo de la silla y empujarlo contra sus caderas, emitiendo un gemido al hacerlo. Si era posible sentir celos de un objeto inanimado, Asam los estaba sintiendo en esos momentos. Ella volvió a impulsarse, esta vez presionando los suaves y tentadores montículos de su pecho bajo el encaje negro de su sujetador contra el respaldo de la silla. Kelly continuó moviéndose a horcajadas sobre la silla, arqueando la espalda y exponiendo la piel pálida y suave de su cuello.

Asam lo interpretó como una señal y se acercó, inclinándose para besar su cuello. Ella tembló y emitió un gemido suplicante. Era criminal lo dura que la tenía. Continuó acariciándola, provocándola con el roce de la barba en su piel suave y

anhelante. Entonces buscó sus labios y la besó firmemente, entrelazando su lengua con la de ella, seduciéndola y martirizándola de placer. Deslizó las manos más abajo y acunó las redondas curvas de sus pechos.

Ella volvió a gemir y él la agarró con suavidad por los hombros.

—Ven, te quiero hacer tantas cosas.

A ella se le escapó la risa por la nariz.

—Estoy borracha, pero no estoy… no estoy lista del todo. Me arrepentiré de todo mañana cuando se me pase el efecto de los julepes de menta.

—No, solo estaba pensando en darte placer, en darte todo lo que te mereces, *mon amie*.

Sus hermosos ojos color esmeralda se iluminaron como el cartel luminoso de Las Vegas, y ella se levantó, caminando de manera provocativa y sensual hasta la cama. Asam se deleitó con la visión de su trasero coqueto que ella iba contoneando de camino a la cama.

—Necesito que te quites las braguitas, solo eso.

Kelly le devolvió una sonrisa coqueta. Le encantaba cuando hacía ese gesto que lo retaba a seguir adelante. A lo mejor esta noche no estaba lista para llegar hasta el final; pero, siendo justos, él tampoco. Sin embargo, ella tenía ganas de jugar y llevaban mucho tiempo esperando este momento. Si lo que Dharr decía era verdad, Kelly llevaba mucho tiempo sola y, sinceramente, Asam también. Había estado con otras mujeres, pero todas lo dejaban frío y con ganas de más. Esa pasión que ahora mismo le recorría el cuerpo, esa llamarada del deseo, no la había sentido arder con tanta fuerza desde la última vez que tuvo a la señorita Kentworth a su merced.

Kelly alzó las caderas y se quitó las braguitas, tirándolas al suelo. Él se pasó la lengua por los labios con anticipación cuando vio los suaves rizos en la cima de sus muslos. Eran tan claros como su cabello, y le excitó todavía más comprobar que era rubia natural. Siempre le habían gustado las mujeres occidentales, esa tez blanca como de muñeca de porcelana. No es que su fierecilla fuese frágil o tuviese aspecto de muñeca, pero le resultaba increíblemente sexy.

Inclinándose, inhaló su aroma agudo y seductor a canela mezclada con el olor de su propio cuerpo. Separó sus labios más sensibles con los dedos y pasó la

lengua suave y lentamente por la pequeña protuberancia de placer, el puñado de nervios más delicado de su núcleo. Ella volvió a estremecerse y gritó su nombre y una blasfemia apenas inteligible. Aquello lo animó a continuar. Deslizando un dedo, lo introdujo dentro de ella y la acarició al tiempo que seguía dándole golpecitos rápidos con la lengua en el botón del éxtasis. Ella gritó y arqueó la espalda. Asam continuó; metía y sacaba el dedo cada vez con más rapidez y movía la lengua en círculos frenéticos. El dulce rocío escapó de su interior. Toda las señales que le enviaba le alentaban a seguir dándole placer: su cuerpo estremeciéndose, la humedad que brotaba de su carne y sus gritos desesperados. Todo eran signos del efecto que él tenía sobre ella, de los límites a los que podía llevarla.

En ese momento ella alcanzó el clímax con un grito y sacudió las caderas al tiempo que extendía las manos para enredar los dedos en su cabello rizado.

—¡Madre mía, Asam!

Él esbozó una amplia sonrisa al retirarse y se dirigió rápidamente al baño de la *suite* para limpiarse la boca y la barba. Al volver su sonrisa se hizo más amplia. Inclinado sobre el marco de la puerta, Asam contempló a su diosa, ensimismado por la forma en la que respiraba de manera entrecortada y sus pechos se movían de arriba abajo.

Kelly era lo que había deseado siempre. Lamentaba tanto haber desaparecido con la bailarina y que aquello los hubiera mantenido separados durante dos años. Lamentaba aún más que, cuando ya no pudiera echarle la culpa de todo al alcohol, ella volvería a salir corriendo. Aquello era lo último que quería. Joder, por eso había vuelto a Estados Unidos a pesar de los mandatos de su padre.

La necesitaba.

Y sería suya.

—¿Qué? —dijo ella cuando por fin fue capaz de formar un pensamiento coherente —. ¿Qué pasa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me da la impresión de que estás planeando algo.

A él se le escapó una risa y se metió en la cama con ella.

—Solo lo que pienso hacerte ahora.

***

Capítulo cinco

Kelly pestañeó al abrir los ojos y sintió como si tuviera un animal salvaje en la cabeza y estuviera clavándole las garras para intentar salir. Tenía la boca seca y con el sabor de la moqueta de un taxi. Notaba los ojos pegajosos; la luz que entraba por la ventana solo empeoraba el dolor de cabeza. Rodó a un lado de la cama, cogió la almohada y pensó en asfixiarse con ella. Seguro que sería más rápido que un paracetamol.

—Puf, creo que anoche bebí demasiado —gruñó confusa al notar que su voz resonaba en la habitación.

Qué raro.

Su apartamento era cómodo. De hecho, le encantaba. Pero, que ella recordase, no era tan grande como para crear eco. Desde luego, cavernoso no era. Confusa, se sentó en la cama rápidamente y volvió a gruñir cuando sintió un latigazo que intensificaba aún más su agudo dolor de cabeza. La habitación que tenía ante sí era grande y lujosa y estaba decorada con mármoles elegantes y otras ornamentaciones. Un momento. ¿Estaba en el Bellagio?

Pasó la vista por toda la habitación y se topó con la mesa de la cocina. Sobre ella había frutas, fiambres, e incluso tortillas y hojaldres colocados con esmero. Se trataba de un festín digno de un rey… o de un jeque.

Joder, joder, creía que lo había soñado. ¿Anoche me emborraché con Asam de verdad?

Bajó la mirada y se dio cuenta de que estaba completamente desnuda debajo de las sábanas. De repente empezaron a venirle recuerdos en flashes: las copas en la Señorita Carol, el baile en la silla, la increíble sensación de su lengua recorriendo sus rincones más escondidos. Recordaba algunas cosas más. No estaba segura, pero le daba la impresión de que después se había vestido y habían bajado con la intención de pasarlo bien, pero esa parte era más borrosa.

Suspiró, se levantó y se puso a buscar su ropa. Lo primero que le sorprendió fue toparse con un vestido dorado de lentejuelas tirado en el suelo. Por un momento temió que hubiese tenido una noche *demasiado salvaje*, pero desechó esos pensamientos tan disparatados cuando miró la etiqueta y comprobó que era de su talla.

¿Pero qué coño ha pasado? ¿En qué momento me vestí así y para qué?

De repente, se miró la mano izquierda y se quedó helada. No podía ser. Llevaba puesta una espectacular alianza de bodas de oro y, al lado, un anillo de compromiso con un diamante (chúpate esa, J. Lo.) aún más grande e impresionante.

—¿Qué coño he hecho?

—Creo que anoche pasamos la noche de nuestras vidas —dijo Asam, entrando en la habitación —. Lo siento, te he dejado el desayuno preparado, pero he tenido que salir a hacer un recado.

—¿De qué tipo? ¿Se puede saber qué está pasando? —exigió ella, acercándose a él e intentado ignorar el destello herido que cruzó su mirada color avellana —¿Qué me has hecho?

Asam se ruborizó y le enseñó la mano izquierda, en la que resplandecía una alianza de bodas de hombre.

—Querrás decir qué nos hemos hecho. Creo que los cócteles de la señorita Shirley y los chupitos de tequila que nos tomamos esta mañana en el Casino Terciopelo Azul ayudaron bastante.

—¿A qué?

Él se encogió de hombros y le pasó un fajo de documentos.

—Nos hemos casado esta noche. Enhorabuena, jequesa Hassem.

Ella le dio una bofetada, y él retrocedió unos pasos a causa del movimiento. Había cometido un terrible error. Antes de ella pudiera moverse de nuevo, él se lanzó hacia ella y la agarró por las muñecas con firmeza.

Asam la miró con furia y resopló por la nariz.

—Yo de ti no volvería a intentarlo, *mon amie*. Hay acciones que son estúpidas incluso para la recién estrenada realeza.

El corazón de Kelly latía con fuerza, haciendo un ruido sordo bajo la intensa mirada de Asam. En gran parte confiaba en él. Vale que fuese un capullo engreído y un mujeriego, pero no tenía el carácter resentido y peligroso de su padre. A pesar de las antiguas costumbres de Al-Marasae, no tenía razones para pensar que fuese a

golpearla. Los hermanos Hassem habían trabajado duro para modernizarse y, aún así, él estaba sujetándola con fuerza, y ella no estaba segura de él fuese capaz de contener sus emociones lo suficiente para no ir más allá. Era raro. A pesar del pánico que sentía, la sensación era excitante. Era como tener a un tigre cogido por la cola. Un ser bello y poderoso que era todo para ella… si ella quería.

De repente se acordó que él se había emborrachado y se había casado con ella.

La rabia volvió a apoderarse de ella.

A pesar de que el hormigueo que sentía entre las piernas y el calor que emanaba de su interior le dijeran otra cosa.

—¿Lo has hecho a propósito?

—No más que tú. Imagino que no tengo tanto aguante como creía. Voy a pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad porque no recuerdo nada. De todas formas, podemos anularlo.

—Estupendo, vamos al tribunal que haya que ir y hagámoslo. Podemos hacer como Britney Spears y divorciarnos en menos de doce horas.

Asam liberó sus muñecas y ella intentó no echar de menos el contacto con su piel. Madre mía, pero qué enfadada estaba.

Vamos, Kelly, céntrate. ¡No permitas que te mire con ojos de cachorrito abandonado!

Aunque le doliese ver lo ofendido que se sentía Asam, esa no era razón suficiente para seguir casados. Vale, había conseguido darle un orgasmo que le había volado la cabeza, pero eso no compensaba su naturaleza poco fiable y el daño que le había hecho un par de años antes. Además, tenía que salvar su puesto de trabajo en el Paradiso. No tenía tiempo para disfrutar al máximo de una boda a lo loco en Las Vegas. Todo era un sinsentido.

—No tenemos por qué hacerlo.

—Sí que tenemos que hacerlo. Ninguno de los dos queremos esto. Además, ¿no deberías estar saliendo con alguna supermodelo o alguna bailarina tragallamas?

Él volvió a resoplar por la nariz y meneó la cabeza.

—Siento mucho lo que pasó en la fiesta de compromiso de Dharr; quizás esto sea otra oportunidad. Anoche lo pasamos bien, de eso sí que me acuerdo. No puedes negarlo.

Ella se estremeció y exhaló un profundo suspiro. Cada vez le costaba más pensar o hablar con claridad. En parte, llevaba dos años deseándolo y obsesionada con él. Cada vez que había ido a Al-Marasae a visitar a Alana había sentido una punzada de dolor. No eran solo los celos tontos que sentía al ver la felicidad de su mejor amiga, sino el hecho de tener que estar al lado, ya no solo de Asam, sino de toda su familia. Cada vez que se había encontrado con él en alguna sala de palacio, cada vez que habían discutido las pocas vacaciones que ella había pasado allí; todas y cada una de esas veces le habían hecho sufrir y habían avivado aun más la llama de su deseo.

—Hay algo —admitió, apenas con un susurro—. No puedo negarlo. Es algo que siento de verdad, pero tengo que irme a Nueva York, y ya me hiciste daño una vez y… —dejó escapar un profundo suspiro cuando él le acarició la mejilla —. ¿Por qué lo has hecho?

—Yo tampoco quería que pasara esto —dijo él, y señaló los anillos como si ella no supiera a lo que se refería.

—Pero ha pasado, y tenemos que ser responsables, acabar con esto y seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Por qué?

Ella frunció el ceño y dio un paso atrás.

—¿Hablas en serio? Esta noche tengo que coger un avión a Nueva York para hablar con los mejores chefs de la ciudad y solo dispongo de dos semanas para ofrecerle algo a mi jefa que la convenza. No puedo perder mi puesto de trabajo, y si tengo que convertirme en una experta en cocina vegana, lo haré con los ojos cerrados. No tengo tiempo de estar casada y estoy segura de que tú también necesitas centrarte en sacar adelante el Oasis. Sé por Alana que se trata de un proyecto muy importante.

—A ver: tú no quieres dedicarte a la cocina vegana, y yo estuve revisando el proyecto con Dharr hace un par de días. Vamos bien de tiempo. Lo que realmente te gustaría sería cocinar para ti. Me lo dijiste antes. He probado los platos que has

cocinado para la familia y, aparte, Alana no se cansa de decir que eres buenísima. Detestarías convertirte en una cocinera sin personalidad y lo sabes.

—Pero mi sueldo depende del Paradiso, así que tengo que hacer lo que Monique Dawson me pida. Después de todo, no tengo garantías de nada. Si la dejo, no tengo nada seguro. Si quiere, puede ponerme en una lista negra en un arrebato. Sé que lo ha hecho con otros compañeros, incluso con los actores y bailarines del hotel. *Necesito* este trabajo.

—Abre tu propio restaurante, *mon amie* —dijo él, sonriéndole. Parte de la frustración había desaparecido de la profundidad de su mirada.

—Claro que sí. Abriré un restaurante en Nueva York sin tener ni un duro. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

—Yo tengo dinero.

Ella frunció el ceño.

—Si crees que puedes comprarme como si fuese una p…

—No —dijo con calma levantando las manos —. Es solo un experimento. Prueba a estar casada conmigo durante una semana. Pasaremos unas vacaciones increíbles y te mostraré las ventajas de ser una jequesa. Si pasada una semana sigues odiando ese tipo de vida, perfecto: te marchas, y yo te doy diez millones por las molestias.

Ella abrió los ojos de par en par. No tenía sentido. ¿En qué idioma estaba hablando? ¿Se había desmayado? ¿Era todo un sueño, resultado de haberse pasado la noche anterior bebiendo y criticando a su desagradable jefa? A lo mejor ni siquiera estaba en el hotel. Era imposible que nadie pensara que ella valía diez millones por una semana. ¿Por qué quería impresionarla? Ya la había abandonado una vez.

¿Cómo iba a pensar nadie que ella valía tanto?

Nunca se había sentido así. Aunque había salido con varios chicos y había tenido un par de novios formales, siempre había estado tan centrada en su trabajo que era lo único a lo que se aferraba. Además, a pesar del coqueteo y de la diversión, ella no era el tipo de mujer con el que se quedaba un hombre. Tenía demasiadas curvas y no era tan llamativa como Alana, a quien todo el mundo adoraba, con esos ojos de color casi turquesa y ese cabello ondulado de color

castaño. Era imposible que él sintiera nada por ella.

Aunque, ¿no le había dicho ella misma a Alana que disfrutase el momento y le diese a Dharr una oportunidad? Y mira lo feliz que era ahora su amiga. Tal vez debería aplicarse el cuento. Al menos, durante una semana podría enterrar el resentimiento en su corazón y pasarlo bien con un hombre que, para colmo, era guapísimo.

—Entonces, si solo paso una semana contigo, ¿me das diez millones para montar mi propio restaurante sin ninguna condición?

—No es así del todo.

—Ah.

—No —continuó él, y comenzó a dar unos pasos —. Si no quieres quedarte, te llevas el dinero, por supuesto. Al menos te hará feliz y lo anularemos todo. Me pondré en contacto con nuestro mejor abogado. Pero tienes que ser sincera. Si de verdad sientes que quieres quedarte, no huyas. No seas tan estúpida como lo fui yo.

—Yo…

—Date una semana, busca dentro de tu corazón, y ya veremos qué pasa. ¿Te parece? ¿No crees que pasar una semana en un lugar exótico, intentando ser una jequesa, será mejor que un viaje a Nueva York? Incluso aunque te vayas y quieras acabar con todo, tendrás una semana para seguir adelante con tu plan de ir a Nueva York. ¿Qué me dices, *mon amie*? ¿No crees que merecerá la pena?

Pero puede que acabes haciéndome aun más daño. No es que nos haya ido muy bien hasta ahora.

Eso no lo dijo en voz alta. No sabía cómo hacerlo. Le daba la impresión de que, si lo hacía, caería desplomada en el suelo hecha pedazos, como si fuese de porcelana. Lo mejor que podía hacer era no reconocer nunca sus debilidades en voz alta, y una de sus mayores debilidades era el jeque Asam Hassem.

—Yo… De acuerdo, ¿y ahora qué?

***

—¿Cómo? —dijo ella, mientras él le servía un vaso de Perrier y le pasaba otra aspirina. No pensaba volver a beber en mucho tiempo. Cuando estaba en la

escuela de cocina había aprendido los beneficios curativos potenciales de seguir bebiendo para aplacar la resaca, pero se sentía demasiado débil y descentrada para tomar otra cosa que no fuese un vaso de agua. Necesitaba estar despejada. Asam ya la había descolocado bastante.

—Todavía no me he espabilado. ¿A dónde dices que íbamos?

—A Abu Dabi, la capital de los Emiratos Árabes Unidos y una de las joyas de Oriente Medio. Ya conoces el palacio y Marasimaq, así que he pensado que sería mejor ir a un sitio completamente nuevo. —Asam se acarició la barba y abrió otra botella para él.

—Así que has pensado que, si me impresionas, decidiré quedarme, ¿no es así, *maridito*? —dijo ella, alargando la palabra alegremente.

Él negó con la cabeza y apoyó la botella en el suelo.

—No, creo que eres una mujer increíble que merece que la traten como la reina que es. Metí la pata hasta el fondo y esta es mi oportunidad de compensarte; algo que estoy impaciente por hacer.

Agradecía oía esas palabras, aunque quizás las había dicho un poco tarde. Aún así, Kelly no estaba segura de que hubiese algo mejor para compensar el dolor que le había causado. Aunque, siendo justos, ella también había añadido sal a las heridas de ambos por culpa del resentimiento, pero esto era demasiado.

—No soy Cenicienta —dijo ella, decidiendo mantener el tono juguetón.

Lo único que tenía que hacer era comportarse como si fuese una cita más. Como el humor era su mecanismo de defensa, el comentario le salió solo. De manera instintiva.

Él le acarició un mechón de pelo.

—Yo te veo más como Rapunzel —admitió él—. De todas formas, no quiero que seas ninguna princesa Disney.

—Ah, ¿no? ¿Tienes otra cosa en mente? —le preguntó, levantando la barbilla.

Había algo tan pícaro en la sonrisa de Asam, que no podía dejar de mirarle. Él se pasó la lengua por los labios, como queriendo dejar claras sus intenciones, y

aquello le hizo pensar en lo que había hecho con ella la noche anterior. Recordó la sensación de su lengua hábil en su interior y el dulce cosquilleo de su barba recortada con esmero. Era un hombre impresionante. Tenía el cuerpo de un corredor o de un futbolista, pero al mismo tiempo era alto y fuerte. Sin embargo, lo que hacía que quisiera hacer todo lo que él le propusiera era el destello dorado de sus ojos, la pícara promesa del placer y de todo lo que podía ofrecerle.

En el peor de los casos, acabaría con diez millones de dólares y una historia para recordar el resto de su vida.

Si acababa con el corazón roto, al menos tendría suficiente dinero para recomponerlo.

—Verás —dijo él, levantándose y quitándose la americana—. Estaba pensando que podíamos empezar divirtiéndonos un poco e invitarte al selecto club de los que han tenido sexo en las alturas. ¿O ya tenías el placer de conocerlo?

Ella se sonrojó y se mordió el labio inferior, sacando a relucir la seductora que llevaba dentro.

—Todo el mundo ha escuchado hablar de ese famoso club, pero nunca me habían invitado. Además, dudo que haya algo peor que intentar hacerlo en una de esos baños diminutos y cutres de American Airlines.

—Entonces tienes suerte de que dispongamos de un jet privado. Los pilotos tienen la cabina insonorizada.

—Algo esencial para un jeque, supongo.

—O para cualquier playboy millonario, te lo aseguro —le dijo Asam, desabrochándose la camisa poco a poco.

Ella sonrió y se puso de pie, decidiendo que, si había prometido aprovechar al máximo la semana y ser tan abierta de mente como fuese posible, tenía que empezar a hacerlo ya. Extendiendo la mano, se quitó la camisa y comenzó a desabrocharse los vaqueros con torpeza.

—No sé si seré capaz. Son… Son demasiadas emociones en veinticuatro horas —dijo Kelly, arrastrando las palabras y sonrojándose—. Tenemos una semana por delante. ¿Qué tenías tú en mente?

—Quiero sentirte otra vez, pero haré lo que tú quieras, *mon amie*.

Ella le devolvió una sonrisa y terminó de quitarse toda la ropa, quedándose completamente desnuda delante de él. A veces era consciente del poco atractivo que tenía para los hombres. Le daba la impresión de que sus muslos eran demasiado grandes y sus caderas demasiado anchas. Tenía algo de barriga y, aunque solo tenía una cuarenta y dos (bueno, vale, no siempre: a veces tenía la cuarenta), Kelly pocas veces se sentía atractiva.

Sin embargo, Asam, que ya se había quitado la camisa, la estaba mirando de una manera que hizo que se sintiera la mujer más deseada del mundo. La intensidad de su mirada volvía a recordarle a la de un tigre salvaje dispuesto a abalanzarse sobre su presa. Como si ella fuese un jugoso filete de costilla y él estuviese preparándose para saltar sobre ella y devorarla.

Una oleada de calor le recorrió el cuerpo y comenzó a notar una cálida humedad formándose entre sus piernas. ¿Por qué tenía Asam ese efecto sobre ella? ¿Por qué le resultaba tan excitante, hasta el punto de que fuese el único hombre al que devoraría nada más verlo? No era porque fuese un jeque. No sentía esa necesidad apremiante de estar cerca de Dharr ni de Faaid, estuviesen o no casados. Sin embargo, con Asam se sentía como un satélite al que la gravedad atraía cada vez más cerca.

—Soy tuya, jeque mío, puedes hacer conmigo lo que quieras —dijo, recorriendo el dedo índice por su pecho y jugueteando con el pezón hasta que la punta se volvió firme y endurecida. Se pasó la lengua por los labios y volvió a morderse el labio inferior, mirando a Asam a través de los ojos entrecerrados—. ¿Qué vas a hacerme?

—De todo —dijo con un jadeo acercándose con el paso lento de un felino salvaje dispuesto a lanzarse sobre su presa.

Se movía con una elegancia natural, dando unos pasos gráciles y suaves. Su cuerpo también era digo de admiración; sus músculos firmes daban paso a unos abdominales marcados por los que mataría cualquier actor de Hollywood. Una delgada hilera de vello descendía desde su ombligo y se perdía bajo el botón de sus pantalones, como una promesa de todo lo que estaba por venir. Era la perfección hecha hombre y, al menos durante esta semana, podría hacer con él todo lo que quisiera.

Asam acunó su pecho con la mano izquierda y deslizó la otra lentamente por su estómago, recorrió su abdomen con los dedos y rozó su ombligo de manera juguetona al pasar por encima de él. Sus dedos no tardaron en abrirse paso a través

de su vello púbico al tiempo que su boca encontraba la suave punta de su pezón derecho. Rozándolo con vehemencia con la lengua, comenzó a devorarla, propagando chispas a través de su cuerpo.

Kelly gimió y separó un poco las piernas, facilitándole el acceso. Sus dedos encontraron el camino a través de sus labios escondidos. Asam se detuvo y dejó que sus dedos corazón y pulgar acariciaran la carne sensible de la zona. Ella se pasó la lengua por los labios y arqueó el cuello, dejando escapar unos gemidos cada vez más intensos. Le necesitaba, siempre le había necesitado, y ahora podía disfrutar sin restricciones de él.

Tenía una semana para disfrutar de su *marido*, da igual como hubiesen llegado a esa situación.

—¡Por favor, Asam, no pares!

El rodeó con sus labios la punta rosada de su pezón y comenzó a chuparlo. De repente los sentidos de Kelly se agudizaron y lo percibió todo: los latidos de su corazón retumbando con fuerza en su pecho, la barba de Asam acariciando su piel, incluso las ligeras sacudidas del avión. A diferencia del sexo en tierra firme, aquello conllevaba cierta inestabilidad y riesgo. No es que los pilotos fuesen malos o erráticos, pero había corrientes de aire, y el avión se balanceaba ligeramente con cada cambio de dirección del viento. Hacía falta equilibro y algo de esfuerzo para mantenerse en pie. Aún así, sabía que Asam la sujetaría. No había ninguna duda. Emocionalmente, era difícil y arriesgado confiar en él, aunque solo fuese por esta semana. Pero nunca pondría en duda su caballerosidad ni si fuerza física, y sabía que nunca la dejaría caer.

Sus dedos avanzaron en su búsqueda, ya no se conformaba solamente con acariciarla. Le introdujo dos dedos, que penetraron profundamente en su interior mientras presionaba su pulgar con suavidad y firmeza contra el punto más sensible de ella. Asam comenzó masajearlo en círculos. Ella tuvo que controlar el instinto de rodearle con los muslos y casi fracasa en el intento cuando él comenzó rozar la lengua rápidamente por la punta erguida de su pezón.

Bajo sus párpados explosionaron cientos de chispas incandescentes y tuvo que obligarse a cerrar la boca para evitar gritar su nombre.

Puede que la cabina de mando estuviese insonorizada, pero Kelly no quería comprobarlo. Se moriría de vergüenza si el piloto y el asistente de vuelo supieran lo que estaba haciendo. Era una buena chica. Nunca había sido tan atrevida, eso

estaba claro.

Bueno, tal vez esa fuese la antigua Kelly. Esta Kelly, la mujer que por una semana sería la jequesa Hassem, podía hacer *todo* lo que deseara.

Asam consiguió que retomase el ritmo, y sintió que las piernas le temblaban y las rodillas se volvían de gelatina bajo sus caricias. Sus dedos llenaban su interior de un calor que jamás habría imaginado, mientras que con su lengua trazaba formas sobre su delicada piel. El calor que emanaba de su interior se transformó en una oleada que inundó todo su cuerpo y, con los ojos cerrados, Kelly vio un universo de colores y formas bajo sus párpados.

Fue una sensación inexplicable, pero nada comparada con lo que sintió cuando se corrió.

Una descarga de energía recorrió su interior, y sintió que las rodillas le fallaban. De repente, notó que los brazos fuertes de Asam la levantaban sosteniéndola. Él se inclinó y le besó las mejillas y los labios. Su lengua sabía a las avellanas del viaje y él, a la promesa de los interminables placeres que le ofrecía. El almizcle de su perfume y el lejano aroma de azafrán acariciaron su nariz.

Saciada y sintiéndose ligera como una pluma, le miró con una sonrisa.

—Ha sido el mejor vuelo que he tenido en mi vida.

—Me alegro. Podemos hacer lo que quieras, pero te informo de que también tenemos una ducha (por desgracia, de una plaza) y una cama al fondo. Si necesitas darte un baño y descansar antes de que lleguemos a los Emiratos Árabes Unidos, puedes hacerlo.

—Sí, lo necesito urgentemente —dijo ella, desesperada por darse una ducha—. ¿Y después de este vuelo tan agotador vas a enseñarme Abu Dabi, la famosa joya de Oriente Medio?

—*Mon amie*, es la promesa más importante que he hecho en mi vida y nada me impedirá cumplirla.

***

Capítulo seis

—No lo entiendo. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó él, frunciendo el ceño al ver la adquisición que Kelly le ponía en las manos.

Ella no se preocupó ni se detuvo al ver su reticencia. Sabía que era una petición un tanto inusual. Después de ir al hotel y pasar la noche disfrutando en los brazos del otro, el *jet lag* y la resaca habían desaparecido y estaba lista para disfrutar de la visita turística. Habían empezado en el mercado de las mujeres. Era totalmente diferente a lo que esperaba. En su cabeza, se imaginaba una calle larga y estrecha llena de puestos temporales, tal vez con mujeres extendiendo sus mantas en el suelo o tapetes esparcidos en las revueltas arenas del desierto.

Nada más lejos de la realidad.

Se trataba de un mercado permanente con una pasarela de baldosas, árboles y demás follaje plantado alrededor. Cada puesto contaba con un toldo fijo. Las casetas tenían unos postes de reluciente color blanco que llegaban hasta una cubierta a dos aguas decorada con madera tallada y formas doradas por encima. Lo suficientemente abierto para sentir la brisa y que fuese considerado un puesto, pero protegido por el tejado y las baldosas. Un atisbo de elegancia y modernidad mezclado con el placer de comprar al aire libre.

Le encantaba.

Había varios puestos artesanales: zapatillas de seda hechas a mano, hermosas alfombras hiladas decoradas con formas geométricas y, como no, preciosos chales y otros pañuelos. Pero, a pesar de haberse sentado a observar a una de las tejedoras, admirando la forma en la que las hábiles manos de la mujer se movían con una rapidez que Kelly jamás habría pensado que fuese humanamente posible… a Kelly se le habían ido los ojos detrás de algo completamente diferente. Desde luego, sabía que el primer *souvenir* del que se había encaprichado era un poco singular y, por qué no decirlo, un pelín decepcionante.

Sabía que no se estaba ganando la fama de chica atractiva y misteriosa, precisamente.

—¿En serio? —preguntó Asam, mirando el objeto mientras se lo pasaba de una mano a otra —. Tienes todo lo que desees a tu alcance: las mejores sedas del mundo, los chales más hermosos que he visto en mi vida, incluso atuendos para

llevarlos debajo de la túnica. ¿Te traigo para mostrarte las maravillas de Oriente Medio, y tú quieres un camello?

Ella sonrió y se puso de pie de manera repentina.

—¡No es solo un camello! Se llama *Carl* y es lo más.

—Te estás quedando conmigo, jequesa mía.

A Kelly se le escapó una risa ahogada y señaló la figurita, tallada en madera por manos expertas y adornada con una manta en miniatura bordada con llamativas rayas de colores. El saquito decorado con borlas blancas y suaves plumas que llevaba en el lomo era lo más cuco que había visto en la vida. Quedaría perfecto en su apartamento, contando con que el pobre *Jasper* no lo hiciera trizas primero. Los gatos solían echarle mano a todo; eran como bolas de demolición con patas.

—Me encanta. Nunca me he comprado nada típico y hortera en Al-Marasae. Me daría mucha vergüenza comprar algo así delante de Alana.

—Ah, y conmigo no te cortas.

—¡Pero es que es tan mono! Además, quedaría perfecto en la repisa de la chimenea.

—¿Para qué quieres una chimenea en un apartamento en mitad del desierto?

—Es por el efecto. Queda romántico, ¿no te parece? —le preguntó guiñándole un ojo. Soltó un gritito de emoción cuando él le entregó unas monedas a la mujer del puesto.

—¿Ves? —le dijo, y le rodeó el cuello con los brazos—. ¿A que no era tan difícil? No me digas que *Carl* no es monísimo.

—Le coges gusto con el tiempo. Yo tenía pensado seducirte con joyas y ropas elegantes dignas de una reina.

—Tú no eres el heredero —le contestó cogiéndose del brazo que le ofrecía—. Además, soy más rara de lo que te crees.

—Ya vi los pantalones que te pones para ir a trabajar. Parecían de payaso.

—Perdona, pero son pantalones de cocinero —dijo ella llevándose la mano

al pecho con fingida indignación —. Nos dejan vestir con estilo.

—Claro —dijo en tono de guasa, mientras se colocaba al pequeño *Carl* debajo del otro brazo. Ella lo miró con los ojos entrecerrados y esperó que Asam supiera que ponerse a tararear música de organillo era un error terrible por su parte y podía costarle un ojo—. Muy circo de los horrores. Me encantaron.

—Bueno —dijo Kelly, observando el despliegue de especias de colores que tenían ante ellos—. Tengo la ventaja de estar sexy con cualquier cosa que me ponga.

Él la besó en los labios, y a ella le encantó la forma en la que su lengua experta acarició la suya.

—Con eso sí que estoy completamente de acuerdo, jequesa mía.

***

—Nunca he visto nada igual.

—Ya habías ido a una mezquita —señaló el.

—Y la de Marasimaq es digna de ver, no digo lo contrario.

Asam le sonrió.

—Sí, las maravillas de mi ciudad siempre deben ser mejores que las de las ciudades cercanas. Te entiendo, *mon amie*. La primera vez que vine, me quedé con la boca abierta. Por algo llaman a la Gran Mezquita Sheikh Zayed «La perla de Abu Dabi». Dudo que haya una maravilla del mundo más exquisita.

—Y te quedas corto —dijo ella, caminando por la extensa plaza a la entrada de la mezquita.

El cielo, de vibrante color azul zafiro, creaba un hermoso contraste con los enormes y esbeltos alminares de color marfil coronados por unas resplandecientes varas doradas. La mezquita en sí estaba compuesta por una serie de bóvedas de alabastro que se erigían altas y relucientes sobre la plaza. Su imponente diseño le recordaba al que había visto en fotos del Taj Majal, y Kelly se sintió diminuta frente a la majestuosidad del edificio. Aunque lo más impresionante de la plaza y el jardín del templo era el mármol blanco bajo sus pies, adornado con hojas de vid de color verde y flores de un amarillo y carmesí vibrantes que se extendían por todo el suelo.

Ella se cubrió el cabello con el largo velo de color negro que llevaba sobre los hombros, decidiendo que lo mejor sería ser respetuosa con las costumbres dentro de la mezquita. Asam, por su parte, se había engalanado con la tradicional túnica blanca para entrar en el lugar sagrado. Al pasar bajo los enormes arcos en forma de herradura le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él. La estructura, decorada con hojas doradas superpuestas, se levantaba unos cinco o seis metros sobre ellos. Ella sonrió al adentrarse en el corazón de la mezquita. Bajo sus pies se extendía una alfombra espléndidamente hilada con una estrella roja y dorada de varias puntas. Tenía tantos puntos interconectados que más que una estrella parecía un octógono. Todo era intricado y exquisito, desde la hermosa caligrafía dorada de las paredes hasta la gigantesca lámpara de araña de bronce con los brazos enroscados como serpientes y pequeñas esferas de cristal de color rojo y verde colgando de ellos.

A diferencia de la iglesia que había abandonado cuando era adolescente, mucho después de las clases de confirmación, este templo, diseñado con una creatividad fuera de lo común, era uno de los lugares más hermosos que había visto nunca. Ella sonrió a Asam mientras observaban cada uno de los rincones de la sala.

—Parece sacada de un cuento de hadas. La vuestra es muy bonita, pero esta no parece de este mundo.

—Sí. Vamos a tener que ponernos las pilas. ¿Le digo a mi padre que nos hace falta una Gran Mezquita Sheikh Azhaar Hassem en Marasimaq? No vamos a ser menos que el vecino. ¿Qué me dices? —preguntó, levantando una ceja travieso, fingiendo que iba muy en serio. Kelly soltó una carcajada.

Algunos de los devotos más mayores se quedaron mirando, y ella frunció el ceño y recobró la compostura. Lo último que quería era parecer la típica americana que no sabía comportarse en un lugar así.

De repente comenzaron a escuchar la voz del imán llamando a la oración. Como muestra de respeto, se arrodilló e inclinó la cabeza y observó a Asam postrarse haciendo honor a las costumbres de su pueblo. Justo en ese momento, sintió que estaba en comunión con él. Sentía el peso de su cultura y su tradición. Él tenía tanta confianza en ella que había querido compartir este lugar tan especial con ella. No era como asistir a una ceremonia para Gabriel o algo más formal. No. Asam le había dejado entrar más en su vida.

Y Kelly lo agradecía profundamente. Así que, como muestra, mantuvo la cabeza inclinada y se maravilló al recordar que, durante seis días más, él era suyo.

***

Kelly se tumbó en los cojines azules de seda. El sonido relajante de las olas, de un color oscuro casi negro en mitad de la noche, resonaba a su alrededor. La playa de la isla de Yas era espectacular. Durante el día, las aguas eran de un azul interminable, como el de las playas del Caribe. La piscina infinita no estaba cerca de este rincón de la playa. Se habían ido a un sitio más privado, alejados del resto de bañistas, aunque no demasiado lejos del apartamento privado que tenían en el hotel de la isla. A lo lejos divisaba las luces de neón del hotel. El fulgor iluminaba la isla como si fuese un flamenco fluorescente, pero resultaba divertido estar en un lugar que parecía un árbol de Navidad de Florida. Sonrió a su marido (al menos durante lo que quedaba de semana). Solo llevaban cuatro días allí, y había sido increíble. Recordó la confianza y el deseo que sintió la primera vez que estuvieron juntos en la despedida de soltero. Ahora, sin embargo, la conexión se había vuelto más intensa por la forma en la que habían explorado el cuerpo del otro, por el poder que él tenía para hacerle gemir de placer.

Un hombre, que al menos durante lo que llevaban de semana, había mantenido su palabra y había sido con ella tan amable y atento como era posible. Probablemente se tratase de una fantasía fugaz y un engaño absurdo, pero se sentía como la princesa que él le había prometido que sería.

La fantasía continuó mientras él le servía tortas de pan, *hummus* y dátiles junto con un plato repleto de carne especiada. Tenía un aspecto delicioso. No podía esperar a probarlo.

—¿Qué es?

—*Al Machboos*, una exquisitez de los Emiratos.

—¡Huele increíble! —exclamó al tiempo que se servía un poco de arroz, berenjena asada y cordero en el plato. Los sabores de la salvia y la cúrcuma mezclados con otras especias y la jugosidad del cordero se fundieron en su boca, y no pudo evitar gemir de manera casi obscena al probar la exquisita mezcla.

—¿Este plato solo lo sirven aquí? ¿Por eso no lo he probado hasta ahora? Te digo una cosa, si Alana se ha estado guardando algo así todo este tiempo, es para matarla.

—Bueno, en su defensa tengo que decir que es un plato típico de esta zona. No es muy común en Al-Marasae. Aparte, eres consciente de que tendrías que hacerte cargo de Gabriel, ¿no?

Ella soltó una carcajada y se metió un dátil en la boca.

—Al menos no estaría sola: sabes que estarías encantado de ejercer tu labor de padrino del pequeñajo. No veo las desventajas.

—Reconozco que no suena mal, seríamos el cuadro de la felicidad familiar —contestó él, y comenzó su trozo de cordero—. Tal vez deberíamos ponernos manos a la obra y tener nuestra propia prole. En el caso de que quieras seguir siendo jequesa Hassem después del viernes, claro.

Ella soltó un suspiro y frunció el ceño.

—Todavía tengo dos días para pensarlo. Sé que ahora es todo muy bonito. Por primera vez en mucho tiempo, siento que las cosas empiezan a ir bien. Lo he pasado tan mal teniendo que aguantar las exigencias de la harpía de Monique. Solo de pensar que podría tener mi propio restaurante… Sería increíble, aunque reconozco que también me da un poco de miedo.

—Mmm —dijo, y bebió de su vaso de agua—. ¿Y eso?

—Todo el mundo te conoce cuando es tu nombre el que aparece en la puerta del restaurante. No es lo mismo que recibir críticas en una revista especializada cuando tú no eres el dueño. La gente no sabe quién cocina en el Paradiso, por ejemplo. Pero si pone en la entrada «El rincón de Kelly», por decir algo, todo el mundo sabe quién es la que está en los fogones. Si meto la pata, nadie querrá trabajar conmigo ni volver a contratarme.

—Yo no lo veo así —dijo él pasándose la mano por la barba—. Si montas un restaurante en Nueva York y te va mal, puede ser perfectamente porque hay mucha competencia en la ciudad. Siempre hay una segunda oportunidad.

De repente se sintió cansada. Apartó el plato y se pasó los dedos por los anillos.

—¿Crees que todos tenemos una segunda oportunidad? ¿Esto también es una segunda oportunidad?

—Es el destino —le dijo, sonriéndole—. Yo creo que hagas lo que hagas, serás la mejor. Como siempre.

—¿Y que me dices de ti y del Oasis? Alana me mantiene informada. Es un

proyecto alucinante. Un complejo turístico y un centro comercial de esa escala, con todos esos diseñadores y boutiques… Va a ser increíble. Yas o Dubai se quedarán en pañales.

Él se encogió de hombros.

—Ojalá mi padre pensara lo mismo. No lo entiendo. Faaid gobernará el país cuando él no esté, y Dharr se encargará de que Petroleros Hassem siga en lo más alto. Yo estoy sacando este proyecto adelante para demostrar que soy una persona seria, y él no ha parado de llevarme la contraria desde que lo empecé. Quiere demostrar que el poder de Al-Marasae está en lo militar y en la industria. Me da la impresión de que detesta el exceso de países como Arabia Saudí o los Emiratos. Es demasiado tradicional —dijo Asam, levantando las manos en señal de desagrado—. Sé lo que es el miedo al fracaso. Para el gran jeque Azhaar he sido un fracasado toda mi vida. Si el Oasis no sale adelante, no me extrañaría que me mandase a las fuerzas armadas para realizar trabajo forzoso.

Kelly dio un respingo y abrió los ojos de par en par.

—¡No me lo creo!

—No al frente, pero Dharr tuvo que convencerlo para que me dejara ponerlo en marcha. Es un proyecto arriesgado. Si no sale bien, mancharía el nombre de la familia Hassem, y estoy seguro de que mi padre haría lo que creyese conveniente para limpiarlo.

—Tu padre es un capullo —dijo ella, alzando el tono de voz—. Primero, ejerce presión sobre Dharr para que se case y luego, como Alana no le gustaba, la obliga a marcharse y ella se queda hecha polvo. Ahora que ha conseguido casar a tus hermanos y ya son unos hombres «respetables», no te deja respirar a ti. Qué horror. Se supone que es un padre, no un dictador.

—No conoces mucho Al-Marasae. Me alegro de que Faaid y Dharr se parezcan más a mí. No soportaría que mis sobrinos tuviesen que sufrir la presión que hemos aguantado nosotros. Azhaar siempre tiene que salirse con la suya.

—Pasa de él, no lo necesitas —le dijo, acariciándole la mejilla y sintiendo la leve aspereza de su barba bajo la palma de la mano—. Si me quedo, y no es seguro todavía…

—¿Si te quedas? —A Asam se le iluminaron los ojos—. Ya es un paso. Me alegro de que estés contemplando la posibilidad.

—Como iba diciendo, si me quedo… —le dijo, sonriéndole—. Alana trabaja de abogada. ¿Vas a montar un restaurante en el Oasis? ¿Necesitas una jefa de cocina con experiencia y multitud de premios a sus espaldas?

Él asintió y le acarició el cuello con la yema de los dedos. La intimidad del gesto hizo que Kelly se estremeciera.

—Tendría a la mejor.

—Solo has probado un par de platos.

—Y me encantaron. Claro, joder. Podríamos pasarte la receta del *Al Machboos*. Si quisieras podría ser el nuevo plato típico de Al-Marasae.

—¿Emitiríais un decreto por mí? —dijo ella, y se sonrojó—. No me disgustaría, ¿eh?

—Tu pueblo, si finalmente lo aceptas como tuyo, haría cualquier cosa por agradar a su jequesa.

Ella sonrió y apartó los platos a un lado, dejando la alfombra hilada y los cojines acolchados libres de trastos. En sus planes para el resto de la noche no entraban ni el cordero ni los dátiles.

Kelly se estiró, se despojó del caftán, y dejó caer la tela de seda de color lila sobre la arena. Asam ya podía acceder libremente a ella. Esta noche estaba lista para que la poseyera por completo. Kelly lo había planeado con antelación, había estudiado sus estrategias de seducción.

Se mojó la punta de los dedos con los labios y se acarició el pezón derecho hasta notar que la punta rosada se erguía endurecida. Con la otra mano se puso a juguetear con un mechón de pelo suavemente rizado.

—¿Te gusta lo que ves, jeque mío?

Asam se pasó la lengua por los labios y se bajó la cremallera de los pantalones vaqueros. Se había puesto algo más informal para ir a la playa. La única queja que tenía Kelly es que todavía no se había quitado la camiseta. Era inaceptable. Si llegaba a tener algún poder legal como jequesa, lo primero que haría sería emitir un edicto que prohibiese llevar camisa a los hombres con tabletas de chocolate tan alucinantes como la de Asam.

De hecho, estaba considerando la idea de prohibir que se pusiera ropa. Pensándolo bien, a lo mejor era complicado. Seguramente no le resultaría fácil ser el presidente ejecutivo del Oasis yendo con todo al aire.

Aunque seguro que más de un cliente, fuese hombre o mujer, agradecería la nueva ley de Al-Marasae. ¡Ella la primera!

—No —dijo, y negó con la cabeza.

Él se detuvo y la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué? —le preguntó tranquilo.

Kelly gruñó al darse cuenta de que le había mandado señales contradictorias sin darse cuenta.

—No, o sea, estoy a punto. —Se le escapó una risa nerviosa y se echó hacia atrás el pelo rubio. Al bajar la mirada, vio la erección de Asam emergiendo libre y anhelante de sus pantalones—. Y creo que no soy la única.

Él también rió, y la tensión desapareció de sus hombros.

—Yo no puedo esperar más.

—Entonces va siendo hora de que enseñes algo de piel, Asam —susurró, y esbozó una sonrisa más amplia al ver sus abdominales marcados.

Él se arrodilló, y ella avanzó hacia él a gatas para acariciar con la lengua los rincones y músculos de su abdomen. Había sudado un poco por el calor que hacía incluso ahora en la playa. Recorrió con la lengua las líneas de su estómago y se deleitó cuando el sabor salado inundó sus papilas gustativas.

Dios mío de mi vida, es perfecto.

Él se estremeció bajo sus labios y gritó su nombre.

—¡Kelly! ¡Eres increíble, *mon amie*!

—Repites mucho esa expresión —dijo ella. Se incorporó y deslizó la mano hasta su miembro para acariciarlo. Con una sonrisa satisfecha, observó cómo reaccionaba a su tacto delicado con una ligera sacudida.

—*Mon amie*. ¿Sabes francés?

—Estudié en Princeton, pero viví un año en París. Mi madre es argelina, así que habla francés con fluidez… Era una colonia de Francia.

—Me encanta cómo suena cuando lo dices —le obsequió, mirándole como un suplicante adorando a su dios—. Me gusta todo de ti.

—Bueno, no estuve muy fino cuando te dejé plantada.

—Estás perdonado. Solo estuvimos juntos una noche en una fiesta, no tenías ninguna obligación conmigo. Fui yo la que dejó de hablarte. Me alegro tanto de que nos pasáramos con los julepes de menta.

A él se le escapó una risa y se tumbó en los cojines.

—No te olvides de los chupitos, *mon amie*. También ayudaron bastante.

—Ha sido un milagro.

—Yo diría que fue más bien cosa de la fermentación —dijo riéndose de nuevo. Su voz era suave y seductora.

—Tal vez… Pero me alegro tanto de que pasara —contestó Kelly—. Ahora te necesito, Asam. Por favor.

No había nada más que decir. Después de haber conectado de nuevo, lo único que necesitaban era unirse de la manera más íntima posible. Él se deslizó dentro de ella, su miembro grueso entró con facilidad en su interior. Ella emitió un suave suspiro de placer al sentirle y notar su calor.

—Me encanta —le dijo, cerrando los ojos y rindiéndose ante la oleada de sensaciones.

El sonido de las olas resonaba en la noche, la brisa fresca le acariciaba la piel y hacía que sus pezones se irguieran aún más desafiantes. Sentía su peso sobre ella y podía percibir el aroma a almizcle mezclado con azafrán, dulce y acre a la vez, acariciando su nariz. Asam comenzó a mover las caderas rítmicamente, empujando hacia lo más profundo de su ser. Ella le rodeó la cintura con las piernas de manera instintiva y levantó las caderas para ayudarle a llegar hasta el fondo.

El calor crecía entre ellos, era como verter gasolina sobre una fogata

ardiente. Con cada embestida, rozaba con más intensidad su punto G. Su visión se volvió borrosa y respiró de forma entrecortada, sintiendo cómo sus huesos se volvían más flexibles y sus músculos se aflojaban. Bajo sus ojos volvieron a formarse chispas incandescentes y sintió que su cuerpo se consumía bajo el fuego que ardía entre ellos.

Asam se corrió primero. Echando la cabeza hacia atrás, gritó su nombre y una breve letanía en árabe y el torrente se derramó en lo más profundo de su vientre. Ella le siguió poco después, alcanzando éxtasis mientras las llamas de la pasión les consumían a los dos.

Él salió de ella y la acunó sobre su pecho, cubriéndola con una manta. Ya tendrían tiempo de volver al apartamento. Kelly se sentía como si acabara de correr una maratón. No podía hacer nada más que descansar y respirar tomando bocanadas de aire.

—Ha sido…

—…sí —terminó ella, satisfecha de que no fuese la única que lo había sentido. Le cogió la mano y sonrió al ver los anillos de uno cubriendo los del otro. Se pertenecían el uno al otro.

No, es diferente. No es que le pertenezca, es que somos el uno para el otro.

—Te quiero —le dijo, y se sorprendió a si misma por su franqueza—. He luchado contra mis sentimientos y le he dado muchas vueltas, pero me has demostrado tantas cosas… Además, crees en mí.

—¿Significa eso que vas a venir conmigo a Al-Marasae, jequesa mía?

—Por supuesto —le contestó, y se acurrucó con él—. Seré tuya hasta que tú quieras.

***

Capítulo siete

Asam sonreía con satisfacción cuando encendió el portátil para llamar a su hermano. Tenía que comprobar cómo iban los acuerdos y asegurarse de que Prada, Gucci y Dior habían firmado los contratos para instalar sus boutiques en el centro comercial. También tenía que revisar las propuestas de los directivos y asegurarse de que su gerente interino ya había puesto en marcha el proceso de selección. Le quedaba un largo día por delante, que pasaría mayormente retozando con Kelly en la playa, pero mientras ella se recuperaba de la noche anterior, tenía que trabajar duro para ir adelantado algo de trabajo.

Si lo dejaba todo para el lunes, se le acumularía demasiado trabajo después de estar una semana sin tocarlo.

Sin embargo, el que apareció al otro lado de la pantalla no fue su hermano. No tenía ni idea de cómo su padre había conseguido interceptar la llamada a Dharr. Tampoco quería saberlo. Él viejo y astuto Azhaar siempre se salía con la suya. No le extrañaba que su padre tuviese espías y observadores por todas partes.

—Hijo mío —resopló, y se inclinó sobre la pantalla—. ¿De verdad crees que irte con una zorra americana te va a ayudar en algo? ¿Piensas que quiero a alguien que no sea de ascendencia árabe cerca del trono? Ya tuve bastante con Alana, criada por un infiel, para que tú ahora te creas que voy a darte el capricho de que cumplas una fantasía con la vaca de su amiga.

—Kelly —gruñó con rabia, apretando los puños—. La «vaca» tiene un nombre. Se llama Kelly Kentworth y quiero que sea mi esposa.

—Te lo dije cuando te di el ultimátum, no tenías mucho tiempo para traerme una esposa digna de la familia Hassem, hijo mío. Sin embargo, te has dedicado a pasar el tiempo en un *resort* de lujo con una zorra americana. Eres peor que tus hermanos. Es imperdonable.

—La amo.

Su padre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Era una risa áspera, un sonido despreciable que le revolvió el estómago.

—No es más que una infiel gorda, no es digna de ser una jequesa. Te di unas órdenes muy concretas y tú me has desafiado. Escoge mejor, o el Oasis será para

otro. De hecho, por lo que a mí respecta, la familia Hassem solo tendrá dos hermanos. ¡Ahora, ponte manos a la obra! —le exigió, antes de desaparecer con un clic.

Asam se quedó mirando la pantalla con el ceño fruncido. Si no estalló el portátil contra la pared fue porque le hacía falta. No era cuestión de dinero, pero tendría que recuperar un montón de archivos. No merecía la pena por un momento de catarsis. Irritado, lo único que hizo fue mirar la pantalla de Skype con odio.

—Ha sido un placer hablar contigo, padre… En inglés, además.

—Sí, para mí también —respondió una voz fría y serena detrás de él.

Él se dio la vuelta y miró a Kelly boquiabierto. Sus ojos de color esmeralda brillaban de ira, distantes. Asam comprendió por qué su padre no le había hablando en árabe y había sido tan irrespetuoso. El muy canalla lo había planeado todo para que Kelly saliera corriendo.

Él se puso de pie rápidamente y alzó las manos para apaciguarla.

—Kelly, puedo explicártelo.

—¡No te molestes! —dijo quitándose los anillos y lanzándolos al suelo—. ¿Estabas si quiera borracho aquella noche? ¿Lo planeaste todo para que me casara contigo? ¿Tu queridísimo padre te dio un ultimátum como a tus hermanos?

—Sí, pero no es lo que piensas.

—¡Cómo que no! Lo he oído. Lo ha dicho alto y claro. Necesitabas una esposa, así que fuiste en busca mía y me cazaste ayudándote del alcohol.

—No me dio la impresión de que necesitaras mucha ayuda para consumirlo —dijo con un tono seco.

—Me parece increíble lo que acabas de decir. Había tenido uno de los días más humillantes de mi vida. Lo último que se me pasó por la cabeza fue que todo fuese parte de un plan para que el gran jeque Asam Hassem no perdiera sus privilegios. Entérate: no soy tu medio para mantener tu vida de lujos. Creía que me querías de verdad, que estábamos dándonos una segunda oportunidad después de que todo se fuera a la mierda en la puñetera despedida de soltero. ¡Pero era todo mentira!

Él cruzó la habitación y la atrajo contra su pecho. Ella se resistió, pero él tenía demasiada fuerza. La necesitaba, era como una droga. Se sentía como un adicto a la heroína buscando desesperado las últimas agujas que le quedaban mientras perseguía al dragón.

—¡Suéltame! —dijo ella intentando retroceder.

A pesar de las curvas de su cuerpo, era una mujer pequeña. Se veía tan bajita contra su torso. Sería fácil sujetarla, convencerla de que encajaban, de que eran el uno para el otro. Se inclinó y le acarició la cabeza con la nariz, aspirando el dulce aroma a fresas y lila de su champú. Era como estar en el cielo.

De repente, sintió un dolor agudo en la entrepierna y cayó de rodillas, como si de un golpe lo hubiesen mandado al infierno.

Kelly se cruzó de brazos. Semejante atrevimiento supondría un castigo muy grave en Al-Marasae. Él había visto los horrores a los que se habían visto sometidas algunas de las concubinas más desobedientes de su padre. Pobres mujeres.

Pero él no era así.

Amaba a Kelly, y si no quería estar con él, tendría que aceptarlo aunque solo de pensarlo sintiera como si un torrente de lava le recorriera las venas. Había visto muchas mujeres que no querían estar en el harén y detestaban a su padre. Incluso Yahira, su madre, le lanzaba a veces miradas fulminantes en mitad de un tenso silencio cuando se reunían para cenar. Si Kelly no quería estar con él por voluntad propia, él no la obligaría. No soportaría tenerla a su lado si esos eran los gestos que recibiría a cambio.

—No te acerques —dijo ella.

—No era mi intención. Fui a Las Vegas solo para pedirte una cita. No planeé nada de lo que pasó en la capilla del Terciopelo Azul.

—Pero el tiempo corría en tu contra y no me dijiste nada. Es difícil ocultar los mandatos de tu padre, Asam, y tú saliste beneficiado.

—Claro, ¿no has visto lo bien que ha hablado de ti? —dijo con voz grave, dolido.

—Pero me mentiste, no me dijiste para qué habías ido. No puedo seguir con esto. Yo…

—¿Qué?

—Llévame a Al-Marasae, por favor. Ya que estoy en Oriente Medio, quiero ver a mi ahijado y a Alana. A ti no puedo ni mirarte. —Se dio media vuelta y le dijo volviendo la cabeza—: Por suerte el palacio es tan grande que no tendré que coincidir contigo. Por tu bien, no intentes ir en busca mía ni volver a pedirme que te perdone.

—Como quieras —dijo, y estrelló el portátil contra el suelo, satisfecho cuando se hizo añicos en miles de trozos de plástico y cristal. Al menos algo reflejaba su estado de ánimo.

***

—No entiendo nada —admitió Alana abriendo sus enormes ojos azul turquesa de par en par —. ¿Qué habéis hecho qué?

—Nos emborrachamos en Las Vegas, nos casamos, y él me ofreció diez millones de dólares por probar a estar casados con viaje a Abu Dabi incluido, pero entonces me enteré de que todo formaba parte de un plan demencial. Asam tenía que hacer lo mismo que Dharr, y yo era su último recurso para sentar cabeza si no quería ser desheredado. ¡Es que es muy fuerte! ¿A quién se le ocurre emborrachar a una chica para casarse con ella? —preguntó dejándose caer en el sofá.

El pequeño Gabriel gimoteó en los brazos de Alana y se abrazó con más fuerza a su madre. Su mejor amiga acalló al niño y puso los ojos en blanco.

—Intenta indignarte un poco más bajo, Kel.

—Vale, pero es que… Me siento traicionada. Y no es normal que viaje tan lejos, pero era más fácil volar hasta aquí desde los Emiratos que volver a Las Vegas. Lo único que quería era volver a intentarlo con él, empezar de cero. No sé cómo hemos llegado a esta situación.

—Yo creo que deberías pensarlo con lógica —dijo Alana, y colocó a su hijo con cuidado en la cuna.

—Y yo creo que estoy siendo bastante racional. Asam es un mentiroso.

—Sí, pero ya oíste a su padre. Escogió a una mujer que él nunca aceptaría. Cumplió con el espíritu de la ley, pero no con la letra.

A pesar de que no estaba de ánimo, Kelly tuvo que reírse. La cabra siempre tira al monte. Alana no podía evitar analizarlo todo como si estuviera en un juicio.

—Ya. La verdad es que se ve que no le hizo mucha ilusión tener una americana en la familia.

Alana soltó una risa ahogada.

—Conozco a Azhaar. Soy educada con él, pero intento ignorarlo siempre que puedo. Ni si quiera dejo al pobre Gabriel solo con su abuelo. Es un mal bicho; y cuanto más viejo y más enfermo, más amargado. Sabe que sus hijos son el futuro de Al-Marasae y que ellos traerán un aire de modernidad al país. También sabe que el pueblo los quiere y están deseando que se produzca el cambio.

—¿Y está celoso?

—Bueno, ni te imaginas. El hígado le está fallando y lo sabe. Dudo que le queden más de tres años, y en el fondo me da lástima porque sé que, a pesar de todo, Dharr y sus hermanos quieren al muy desgraciado. Aún así siempre está enfadado. Si Asam hubiese querido agradar a su padre, habría accedido a un matrimonio concertado o se habría presentado con una chica de Al-Marasae.

—Pero fue una orden.

—¿Y? Lo mío con Dharr fue peor, ¿o no recuerdas que me secuestró? Al final las cosas no salen como uno piensa. Aunque tú no estás enfadada porque fuese en busca tuya a raíz de un ultimátum.

Kelly alzó una ceja.

—¿Ah, no? Pues tengo un mosqueo de narices, créeme.

—No. Lo que te pasa es que te da miedo que Asam no esté realmente arrepentido. Te da miedo ser un segundo plato o que vuelva a romperte el corazón; sea dentro de diez días o dentro de diez años.

—Volví a confiar en él, pensé que habíamos conectado, y el muy idiota lo ha estropeado todo. No puedo arriesgarme de nuevo. Necesito descansar unos días, irme a casa y luego probar suerte en Nueva York —añadió enjugándose las lágrimas—. Al menos esta semana tan horrible ha servido de algo.

Alana se levantó y abrazó con fuerza a su amiga.

—Yo creo que ha servido para mucho más de lo que crees.

***

Capítulo ocho

Asam debería estar en el otro extremo del país. El Oasis lo necesitaba en plena forma; tenía que asegurase de su trabajo de meses daba sus frutos. Era lo que había que hacer, pero no le importaba. Se había quedado en su ala del edificio dándole vueltas a todo lo que había pasado y esperando que llegase algo para hacer un último intento de solucionar la situación. Había hecho un encargo especial a la capilla del Terciopelo Azul. El paquete había tardado casi una semana en llegar de Estados Unidos, pero ya lo tenía en las manos y se disponía a poner su vida en orden.

Se había mentido a sí mismo.

Podía intentar olvidar a Kelly y desear que le fuese todo bien, pero sentía una punzada de dolor solo de imaginarla en Nueva York rehaciendo su vida en brazos de otro hombre. Nunca la obligaría a quedarse con él ni la arrastraría a su harén, que sería su derecho como jeque, pero tampoco se rendía fácilmente. Hay muchas maneras de lograr un propósito.

Sonrió para sí y salió de su habitación rápidamente. Primero iba a decirle unas cuantas cosas a su padre, y luego tenía una mujer a la que conquistar. No tardó mucho en encontrar a su padre. Estaba en el puñetero harén. A pesar de llevar treinta años formando parte de su vida, a Asam no dejaba de molestarle. Su madre era encantadora. Más inteligente que cualquiera de las mujeres del harén, y había estado al lado de su padre durante décadas. Asam sabía lo mucho que sufría cada vez que el desgraciado de su padre se dejaba caer por allí.

A veces deseaba que sufriera un ataque al corazón en mitad de sus divertimentos y les hiciera a todos un favor.

—Hijo mío, ¿has venido a divertirte un poco? —le dijo su padre con una mirada lasciva. Una de las mujeres más jóvenes del harén jugueteaba con el vello del su pecho.

—No, padre. He venido a despedirme.

—¿Te vas a tu hotelito? Bien. No tienes más que decirlo y hablaré con tu madre para que te busque a una esposa apropiada.

—Me extrañaría que hicieras algo con mi madre —le dijo. A continuación,

dio unas órdenes rápidas y esperó a que la mujer se retirase a la habitación de las concubinas.

—Nunca interrumpas el placer de un hombre anciano —dijo su padre poniéndose en pie y acercándose hasta él. Hubo un tiempo en el que era más alto que él. Si la osteoporosis no se hubiera adueñado de su espalda y le hubiese provocado una joroba permanente, Azhaar seguiría siendo alto; sin embargo, ahora era una criatura frágil, a la que casi no merecía la pena odiar.

Casi.

—En ese caso, hijo mío —dijo escupiendo las palabras como si fuesen una maldición—, debes de tener muchas ganas de que te desherede. Ya te lo he dicho, no es muy buena idea que me insultes y me eches a perder la noche.

—Tampoco es muy buena idea que intentes hostigarme. Ya no soy ningún niño, me he cansado de ti. Faaid y Dharr puede que sientan algún rastro de lealtad filial hacia ti, pero yo ya no. Eres una molestia, y puedes coger mi herencia y metértela por donde te quepa.

Su padre intentó darle una bofetada. Fue patético ver a un hombre tan anciano y frágil no ser consciente de que su tiempo había pasado.

Asam le cogió la mano y apretó su muñeca con fuerza. Su padre dejó escapar un débil gemido y su cara se volvió lívida del dolor.

—Ni se te ocurra. Aquí el único fracasado eres tú, no yo. Nadie echará de menos tus órdenes cuando ya no estés. Deja que mis hermanos se encarguen de Al-Marasae y de nuestros intereses. No quiero saber nada más de ti.

—Eso es lo que tú te crees.

Asam negó con la cabeza y soltó la mano de su padre, que cayó sobre los cojines esparcidos por el suelo.

—Te equivocas. Lo haré a partir de hoy.

***

—Creía que me prometiste que no me seguirías por el palacio —dijo Kelly con un tono seco.

Asam se sentó a su lado en el jardín, le puso por delante el nuevo portátil (otra de las ventajas de ser rico) y abrió el reproductor de video.

—Te mentí.

Ella hizo el intento de levantarse, pero él la agarró del brazo.

—Se te da bien mentir. Es lo que haces siempre.

—Lo que vas a ver es verdad —dijo iniciando el DVD que le había enviado la capilla. Ofrecían la opción de grabar la ceremonia y le sorprendió cuando los llamó para preguntarle por los detalles y le dijeron que había comprado el paquete de lujo. Incluía el DVD de recuerdos felices. Había sido una tortura verlo esta mañana, pero después sintió alivio cuando se dio cuenta de que podría enseñarle a Kelly todo lo que había pasado y *decírselo* todo de una forma que no podría hacerlo en estos momentos.

—La capilla del Terciopelo Azul nos ha mandado un *sourvenir*.

—Qué bien —dijo ella con un tono contante como la hoja de una cuchilla—. Ahora podré revivir la falsa felicidad de un matrimonio de siete días de pesadilla.

—Bueno, reconoce que le diste siete vueltas a Britney.

—¡Eso no ayuda mucho! —le cortó ella, aunque arqueó ligeramente los labios en señal de satisfacción.

Ya era un paso. Por lo menos era más simpatía de la que le había mostrado en la playa de Yas. Se conformaba con eso.

Cuando empezó el video, se saltó los prolegómenos y lo pasó hasta llegar al intercambio de votos. Ella fue la primera y soltó un barullo incoherente salpicado por algún que otro «eres el mejor». Después vinieron los suyos y, a pesar de que se tambaleaba de un lado a otro y de que estaba igual de borracho que ella, al menos era más fácil entender sus palabras.

Gracias Alá por esos pequeños favores, como darle la capacidad de hablar de manera inteligible.

—Esto no va a cambiar…

—Shh —dijo levantando la mano—. Mira.

En la pantalla apareció el viejo Asam, el que rebosaba de felicidad hace una semana, y empezó a hablar:

—No voy a decirte que me enamoré de ti desde el momento en que te vi. No… No se me dan bien los discursos. Lo que sí se me da bien es meter la pata. Daría lo que fuera por poder volver atrás en el tiempo y no haber desaparecido aquella noche, y me alegro tanto de…¡Puf! —Por un momento, el Asam del video se detuvo para soltar una arcada—. Como decía… lamento mucho lo que pasó y no sabes cómo me alegro de haber vuelto a entrar en tu vida. Te amaré siempre, Kelly Kentworth, y con este anillo, yo te desposo.

Pausó el video y, sin decir nada, se acercó a uno de los rosales del jardín y cogió una hermosa rosa roja sin espinas (agradeció mentalmente a su madre por ser tan exigente) y se la dio a Kelly.

Ella estaba llorando.

—Decías la verdad.

—Aún estamos a tiempo de solucionarlo, *mon amie* —le dijo—. Te quiero. Fui a Las Vegas para intentar recuperarte. Me da igual lo que diga mi padre. De hecho, le he dicho que se meta sus reglas por donde le quepan. Prefiero ser pobre y quedarme contigo en los Estados Unidos a vivir aquí bajo su control siendo el hijo que él espera que sea.

Ella pestañeó y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—No me lo creo.

—Créetelo, porque lo digo totalmente en serio —le contestó retirándole un hermoso mechón de pelo dorado de la cara—. Te amo, Kelly, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—¿De verdad?

Él sonrió y la besó deleitándose con las suaves caricias de su lengua contra la suya. Se quedaron así un rato, entrelazados en un íntimo abrazo.

—De verdad, *mon amie*. Juntos crearemos nuestro propio Oasis en Nueva York. Llevaremos tus deliciosas e imaginativas creaciones a la ciudad. Mis habilidades como relaciones públicas y de gestión y tus increíbles platos. Tenemos todas las de ganar.

—No suena nada mal —dijo con regocijo, y se pasó la lengua por los labios. *Joder, se le había puesto dura solo de verla hacer ese gesto*—. Entonces, jeque mío, ¿vamos a conquistar la Gran Manzana porque yo soy lo más o porque tú eres lo más?

Él volvió a besarla antes de responder.

—Porque juntos somos invencibles y perfectos.

Ella sonrió con dulzura y le apretó la mano.

—Eso no te lo voy a discutir.

—Por una vez —bromeó antes de poner rumbo a su habitación. Tenían que recuperar el tiempo perdido y no pensaba desaprovechar ni un segundo.

Fin.

Para suscribirte a nuestra *newsletter* y recibir actualizaciones exclusivas y adelantos SECRETOS de nuevos libros y publicaciones,

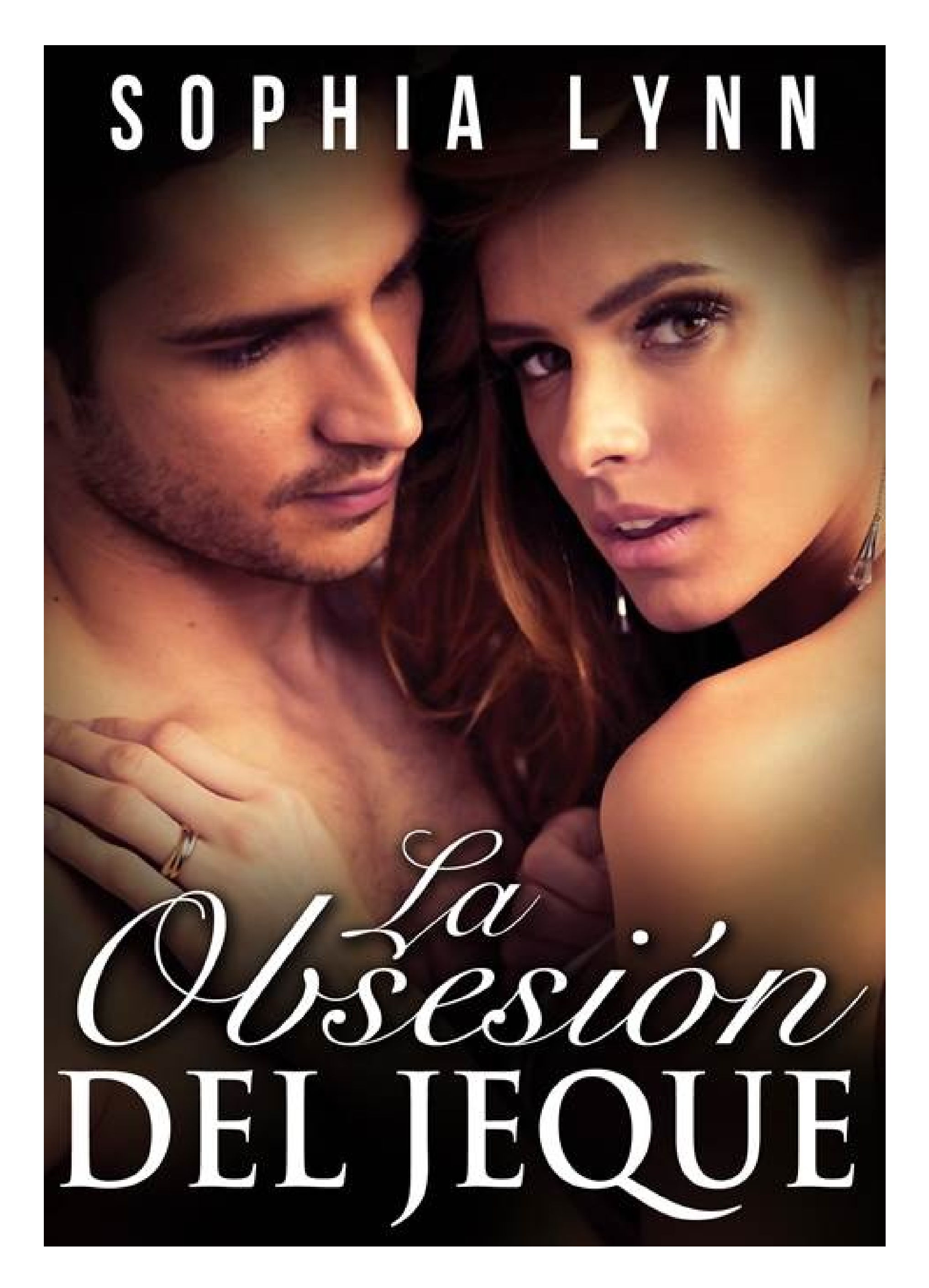
HAZ CLICK AQUÍ

Otra historia es posible disfrutar

La Obsesión del Jeque

(Familia regente Kamir #1)

por Sophia Lynn y Ella Brooke



trailer gratuito a continuación

La Obsesión del Jeque

(Familia regente Kamir #1)

por Sophia Lynn y Ella Brooke

Capítulo Uno

“Laura, ¿sabías que vas enseñando la etiqueta?”

Laura paró en seco mientras entraba en la limusina y miró hacia abajo para comprobar que, en efecto, había una etiqueta colgando de su vestido de fiesta color esmeralda. “Yo también me alegro de verte, Karen,” dijo, dejando escapar un suspiro mientras arrancaba la etiqueta y subía a la limusina con su hermana.

Karen, sentada frente a ella, alzó una pálida ceja rubia. “Solo intento velar por ti,” dijo con aire de superioridad. La hermana de Laura era el epítome de la elegancia con su ajustado vestido blanco acentuado por el brillo de los diamantes y su pelo rubio rojizo recogido en un perfecto moño. Lo único que estropeaba su aspecto era la gran escayola de aspecto rígido que llevaba en la pierna derecha, el motivo por el que había persuadido a Laura para entrar en la limusina antes que ella.

“No veo por qué has de molestarte,” dijo Laura, arrugando la nariz. La limusina se puso en marcha y observó a través de la ventana la fachada de ladrillo de su edificio de apartamentos alejarse en la distancia conforme se adentraban en el corazón de Washington, D.C. Podría estar en ese mismo instante en su piso, viendo *Weeds* en pijama con un cubo de helado de Ben and Jerry’s o arreglándose para pasar la noche en el centro con sus amigos. En su lugar, estaba sentada en aquella aburrida limusina con su hermana, de camino a una fiesta de la embajada aún más tediosa. “Ni que hubiera alguien allí a quien tuviera que impresionar.”

Su hermana suspiró. “Por eso mismo sigues perdiendo el tiempo como secretaria en vez de ascender de puesto.” Hizo un gesto de desaprobación con la cabeza. “No lo entiendo, Laura. Tienes potencial para mucho más.”

“A lo mejor es que no quiero ser parte del lobby de una empresa petrolera,” dijo Laura, ocultando las manos bajo el asiento para que Karen no viera cómo las apretaba. “Puede que prefiera un trabajo que me permita tener suficientes horas al día para disfrutar de mi vida.”

Karen hizo un gesto de desdén. “O de lo poco que queda de ella,” dijo seca mientras se volvía a mirar por la ventana. “No sé para qué me molesto en hablar contigo si no vas a cambiar de opinión.”

Laura sintió arder sus mejillas a medida que la ira brotaba en su interior.

“¿Sabes qué?” dijo apretando los dientes. “Podrías decir algo amable por una vez, como: ‘Oye, Laura, gracias por acompañarme a la embajada y salvarme el culo si me tropiezo con el pie roto.’ O: ‘Oye, ¿cómo te va con Ben?’ Rompimos hace dos semanas, por cierto, así que no hace falta que preguntes. Pero estaría bien que fingieras que te importo.”

Fue el turno de Karen de sonrojarse y, por un instante, tuvo el detalle de parecer avergonzada. “Y me importas,” insistió, apartando un mechón de pelo rebelde tras su oreja. “Por eso te llevo conmigo a la embajada esta noche. Quiero que des lo mejor de ti, que hagas contactos y te relaciones con los peces gordos de esta ciudad.”

“Por favor, no intentes quedar por altruista. La única razón por la que me has pedido que venga es porque tu marido no está en la ciudad y no había nadie más disponible a última hora. Y ya de paso, para refregarme en la cara tu superioridad como haces siempre.”

Un atisbo de dolor empañó los elegantes rasgos de Karen. “Laura, por favor. No seas tan desagradable.”

Había desprecio en la voz de Laura. “He aprendido de la mejor.”

Las hermanas se dieron la espalda y Laura observó su reflejo en el cristal de la ventana, conteniendo un suspiro. No poseía la elegancia refinada de Karen. Tenía las mejillas más redondas, la barbilla más puntiaguda y era prácticamente imposible que pudiera llevar su rebelde pelo rojo y rizado, que tantas horas tardaba en controlar, en un moño como el de Karen. Se lo había dejado suelto sobre los hombros, con acondicionador suficiente para un regimiento y rociado con productos para evitar el encrespamiento. También se había esmerado con el maquillaje, añadiendo a sus párpados sombra brillante en color bronce y pintando sus labios de rojo intenso. Pero sabía que nada de aquello importaba. Por mucho que se hubiera arreglado, daría la nota en la embajada. Era lo que sucedía siempre que se veía forzada a codearse con la élite de Washington D.C., algo que evitaba en lo posible.

La limusina se detuvo a la entrada de la embajada, donde habían extendido una alfombra roja desde el borde de la acera hasta las puertas dobles abiertas de par en par que conducían al interior del edificio de cristal y hormigón. Los paparazzi y periodistas de la ciudad estaban en sus puestos, armados con cámaras, grabadoras, micrófonos y libretas, como un enjambre de ruidosos abejorros esperando a su próxima víctima a la que acorralar. Sintió un escalofrío solo de pensarlo. Ya

debería estar acostumbrada a aquello, pues trabajaba para un importante congresista y la presencia de los paparazzi, aunque a menor escala, era frecuente.

“Muy bien,” dijo Karen, tomando aire mientras el chófer de la limusina le abría la puerta. “Es la hora del espectáculo.”

Y al salir del vehículo, en un abrir y cerrar de ojos pasaron de ser dos hermanas en conflicto al mejor ejemplo de unión fraternal. Karen se apoyó en el hombro de Laura mientras el chófer le tendía las muletas y la ayudaba a sujetarlas. Eran la viva imagen de la solidaridad, caminando por la alfombra roja mientras las cámaras disparaban, sonriendo a pesar de los flashes cegadores como si estuvieran disfrutando del momento. Y eso hicieron, sonreír. Laura sostenía a su hermana por la espalda, pues eran objetivo de las cámaras y no podían hacer otra cosa debido a la repercusión mediática profesional de Karen.

Laura habría ayudado a caminar a su hermana aunque no hubiera cámaras pendientes de ellas. Después de todo, no era tan insensible. Pero estar en el punto de mira era agotador. Solo llevaba cinco segundos y ya sentía ganas de agarrar una botella de vino, arrastrar una silla a una esquina, quitarse los tacones y beber toda la noche.

Ojalá el vino curara todos los males.

“¡Karen!” la llamó un congresista de pelo cano al entrar en el salón de la embajada. Laura suspiró. *Ya estamos*, pensó mientras iniciaban la ronda de saludos y Karen presentaba a su hermana, que no era tan guapa ni brillante como ella, antes de enfrascarse en conversaciones en las que Laura no tenía interés en participar. Dejó de prestar atención y miró a su alrededor, contemplando el salón con sus ojos verdes. Era lo mismo de siempre: del techo pendían lámparas de araña de cristal cada tres metros, el suelo de parquet pulido brillaba resplandeciente y había mesas redondas con mantelería blanca, porcelana, plata y centros florales que costaban una fortuna. Laura lo sabía de sobra, pues estaba habituada a ver presupuestos para eventos similares. Habían instalado un escenario al fondo, con coloridos cortinajes orientales y varios instrumentos musicales extranjeros que captaron su atención. A un lado del escenario se erguía una bandera de Estados Unidos y al otro, una bandera de franjas roja, verde, blanca y negra, con un escudo en el centro: la bandera de los Emiratos Árabes Unidos.

Oh. Claro. Estoy en la embajada de los Emiratos.

Sintió renacer su interés y contempló el salón en el que se encontraba con

otros ojos. No había prestado mucha atención cuando Karen la había llamado por teléfono para hablarle de la fiesta en la embajada, por lo que había olvidado que iban a estar rodeadas de invitados procedentes de Oriente Medio esa noche. Observó a varios hombres que llevaban turbante con sus trajes de chaqueta y a otros que iban vestidos por completo con indumentaria árabe, con esas túnicas coloridas y holgadas… ¿Cómo se llamaban?

“Galabiyya,” le susurró al oído una profunda voz masculina. Le dio un vuelco el corazón.

“¿Qué?” Se dio la vuelta y encontró tras ella a un hombre vestido con traje de chaqueta gris azulado, camisa blanca y corbata gris. No, no era un hombre cualquiera, notó al mirarlo de arriba a abajo. Era árabe y poseía un espeso cabello azabache, largo hasta los hombros, que se rizaba a la altura de su atractivo rostro. Su piel era oscura, muestra de los cálidos días de Arabia… y, seguramente, también las noches, pensó sonrojándose. Lucía una barba tupida pero bien recortada que la hizo fijarse en sus labios carnosos y sus dientes blancos y relucientes.

Sus ojos grises brillaron al mirarla desde arriba, pues se erguía varios centimetros por encima de ella. Calculó que mediría aproximadamente un metro noventa y dos y sus amplios músculos se adivinaban bajo su traje de chaqueta hecho a medida. “La ropa que llevan algunos de mis compatriotas,” dijo señalando al árabe al que había estado mirando. “Se llama galabiyya.” Arqueó una ceja oscura. “Es lo que se estaba preguntando, ¿verdad?”

Laura se quedó estupefacta durante un momento. ¿Quién era aquel tío? ¿Por qué le hablaba a ella? ¿Debería estar hablando con él? Tenía la sensación de que era alguien importante y ella no charlaba con políticos, eso era cosa de Karen. Por desgracia, su hermana estaba de espaldas, sobornando sin duda al congresista con el que hablaba en ese mismo instante.

Oh, por favor. ¿Desde cuándo es un problema hablar con otra persona? No dejes que este tío te intimide. Si se ha molestado en hablarte, más vale que se prepare para lo que se va a encontrar.

Dejando a un lado sus inseguridades, arqueó una ceja a su vez y sus labios rojos se curvaron en una leve sonrisa. “Oh, ¿acaso puede leer la mente?” preguntó, provocándolo.

Él se rió. “Ya me gustaría. Me facilitaría mucho el trabajo.” Su acento árabe fluía con suavidad entremezclado en sus palabras, haciendo que sonara exótico y

culto al mismo tiempo. Laura abrió la boca para preguntarle algo, lo que fuera, pues sentía la urgencia repentina de escuchar de nuevo el sonido de su voz. Podría oírlo hablar durante horas.

No como a mi ex-novio.

"¡Sr. Kamir!" exclamó Karen, materializándose al lado de Laura sin darle tiempo a pensar una respuesta inteligente. Su hermana le dirigió una sonrisa radiante y le tendió su mano enjoyada. "¡Me alegro mucho de verle! Pensé que no vendría esta noche."

El hombre negó con la cabeza y le sonrió a Karen, aunque no parecía tan contento de verla como a Laura. "Es un placer, señora McKinnon." Inclinó la cabeza a modo de saludo y cuando volvió a erguirla, frunció el ceño preocupado. "¿Cuándo ha sido?" preguntó señalando su pie. "Estaba bien la última vez que la vi."

"Oh, fue una torpeza mía hace dos semanas," dijo Karen con risa despreocupada. "No se inquiete, sanará pronto. Veo que ya conoce a mi hermana." Añadió, agarrándola por el brazo y dándole un apretón. Laura no estaba segura de si se trataba de un supuesto gesto de afecto o de una advertencia para que no dijera ninguna estupidez. Aunque su hermana era experta en hacer varias cosas a la vez, así que podía tratarse de ambas.

El hombre sonrió. "Iba a presentarme yo mismo. Tal vez pueda hacer usted los honores."

"Por supuesto," dijo Karen, aunque su sonrisa ya no era tan amplia y fruncía ligeramente el ceño. "Esta es mi hermana, Laura McKinnon. Trabaja en la oficina del congresista White. Laura, este es el jeque Tamir Kamir, soberano de Dubái."

Laura se quedó boquiabierta. "¿Usted es el *rey* de Dubái?"

Karen la fulminó con la mirada y le dio un codazo lo mejor que pudo al llevar las muletas. Pero a Tamir no parecía importarle. Había un brillo de diversión en sus ojos que hizo cerrar la boca a Laura para no hacer más el ridículo. "En mi país usamos el término jeque, pero sí, podría decirse que soy el rey."

Umm, vaya. "Disculpe mi ignorancia, propia de una extranjera," se burló. "*Emir.*"

"¡Laura!" exclamó Karen horrorizada. Se volvió a Tamir con gesto de disculpa. "Tendrá que perdonar a mi hermana, alteza. No viene muy a menudo a

eventos de este tipo.”

“No pasa nada,” dijo Tamir, con una nota de diversión en su voz profunda. Le brillaron los ojos al guiñarle un ojo a Laura, que sintió calor en su interior. “Lo encuentro muy estimulante.”

Karen intentó entablar conversación con el jeque, algo lógico teniendo en cuenta que Dubái era uno de los pesos pesados de la industria petrolera, pero aunque el jeque se mostraba cortés y participaba en la conversación, Laura lo sorprendió mirándola de reojo, con aquel brillo de interés aún en su mirada. ¿Podría estar interesado de verdad en *ella*?

Es ridículo, se dijo. *Es miembro de la realeza y de un país islámico, por si fuera poco. Es muy probable que solo salga con chicas musulmanas.*

“Creo que van a servir la cena,” dijo el jeque, interrumpiendo a Karen al oír el anuncio. “¿Por qué no me acompañan a cenar a mi mesa?” Sorprendió a Laura poniendo su amplia mano en su espalda, animándola de forma sutil pero firme a aceptar su invitación.

“Será un placer,” dijo Karen, entornando los ojos al notar la mano de Tamir en la espalda de Laura. No había ninguna duda, su hermana estaba celosa de la atención que el emir le prestaba. Y aunque era algo insignificante, Laura no pudo evitar que sus labios se curvaran en una leve sonrisa de satisfacción al volverse a Tamir y apoyar la mano en su brazo, un gesto atrevido que seguramente no había pasado inadvertido para los árabes en la sala, a juzgar por los numerosos ojos que notaba fijos en ella.

“Indíquenos el camino,” dijo ella, encontrando sus brillantes ojos grises al alzar la barbilla.

La sentó a su derecha, dejando sin sitio a otro hombre que, por la expresión de su rostro, solía ocupar el lugar exacto que Tamir le había hecho abandonar. Karen estaba sentada a la derecha de Laura, lo bastante cerca como para que no pudiera decir que la ignoraba pero lo suficientemente lejos como para que le costara mantener una conversación con el jeque con Laura de por medio. Al principio, cuando el resto de árabes se sentaron a la mesa, Laura se sintió bastante incómoda. La mayoría de ellos llevaba extraños atuendos de su tierra y algunos hablaban con un acento tan cerrado que costaba entenderlos. Pero todos eran muy amables y mostraban interés genuino en ella. Enseguida se encontró hablando y riendo con ellos, como si fuera parte del grupo y estuviera acostumbrada a cenar a

menudo con líderes islámicos. Hasta Karen había dejado de lanzarle miradas asesinas. Conversaba con otra persona más dispuesta a hablar de petróleo que la mantenía ocupada. Así, Laura se la quitaba de encima, hecho bastante curioso teniendo en cuenta que solía ser al revés tratándose de ellas.

Resultaba extraño cómo la cercanía a un hombre atractivo hacía que cambiara su perspectiva de las cosas.

“Está muy bueno,” dijo señalando con el tenedor el pollo en su plato, bañado por una salsa rosa. “¿Qué es?”

“Pollo Tandoori,” le dijo el jeque Khan, que era de Qatar. “Es un plato muy conocido.”

“Mmm. Está delicioso.” Pinchó con el tenedor un dado de queso que nadaba en puré de espinacas y se lo llevó a la boca. “Y este Palaak Paneer, también.”

“¿Nunca había probado comida de Oriente Medio o de la India?” preguntó Tamir con curiosidad.

“Creo que la probé una vez cuando era pequeña,” admitió Laura riendo. “Pero era tan picante que desde entonces no me he vuelto a atrever.”

Tamir sonrió ampliamente. “Me alegro de que haya cambiado de opinión,” dijo. “Tengo la certeza de que descubrirá muchos aspectos de nuestra cultura que le complacerán.”

Las luces se fueron apagando y el presentador subió al escenario y tomó el micrófono para anunciar a las bailarinas tradicionales de Oriente Medio que estaban a punto de actuar. Un trío de mujeres de piel oscura, con abundante maquillaje y cubiertas de coloridas sedas y joyas, subió al escenario. Empezó a sonar música hindú y Laura esperaba que comenzaran a bailar una coreografía al estilo de Bollywood, por lo que se sorprendió al ver que ejecutaban una serie de movimientos lentos y elaborados, parecidos a los de la danza contemporánea. Los intrincados movimientos de manos y muñecas y la forma sinuosa en que oscilaban sus cuerpos eran fascinantes y parecían poseer un significado oculto.

Cautivada, se echó hacia delante en su asiento para poder ver mejor y, sin querer, rozó con su pecho el brazo de Tamir. Se sonrojó con fuerza e hizo ademán de apartarse, pero él se limitó a acariciar su mano para tranquilizarla y que supiera que no lo había molestado… y dejó su mano sobre la de ella, apoyada en su regazo. Sintió arder su rostro y le resultó casi imposible concentrarse en los movimientos

de las bailarinas, aunque era muy consciente de su exótico aroma a sándalo y a especias y del calor que irradiaba su cuerpo, muy próximo al suyo.

“Qué belleza,” murmuró él con sus ojos de estaño fijos en el escenario. Pero Laura no creyó que estuviera refiriéndose en absoluto a las bailarinas.

Capítulo Dos

Tras la actuación, subió al escenario un cuarteto de cuerda que comenzó a tocar música clásica más ceremoniosa. El presentador animó a los invitados a salir a bailar y, poco después, al menos la mitad de los asistentes danzaban con elegancia por la pista de baile al son de Tchaikovsky bajo el cálido brillo de las lámparas de araña.

"Baile conmigo," dijo Tamir con voz ronca, tendiéndole la mano. Sus ojos de peltre eran cálidos e intensos y la sonrisa pícara que curvaba sus labios lo volvía absolutamente irresistible. A Laura se le aceleró el corazón al mirar fijamente la mano que le ofrecía y preguntarse a qué condiciones estaba sujeta aquella invitación.

"¿Es eso todo lo que quiere?" preguntó al fin.

"Es todo lo que pido. Por ahora," añadió, con un guiño que era imposible pasar por alto.

Dejó que la condujera a la pista de baile, tomando su mano y sujetándola por la cintura. Notó cómo subía la temperatura en su interior al sentir el calor de sus manos penetrar su piel y tomó aliento despacio, llevando la mano que quedaba libre a su hombro, amplio y masculino. Se preguntó cómo sería verlo a la luz del sol, completamente desnudo, flexionando sus músculos al inclinarse hacia adelante, arquear la espalda, moverse de un lado a otro o…

"Parece distraída," murmuró mientras la llevaba, guiándola por la pista de baile en movimientos circulares como el resto de bailarines.

Un leve rubor se extendió por sus mejillas. "Yo… deben ser los nervios," dijo, mordiéndose el labio. No estaba dispuesta a admitir que había estado fantaseando con su espalda desnuda. "No suelo asistir a actos sociales como este, así que me siento fuera de lugar."

"Umm, sí, se nota," dijo el jeque en voz baja, mirándola con ojos entrecerrados.

"¿Qué intenta decir?" Se puso tensa, indignada por la forma en que él parecía estar dispuesto a encasillarla como una don nadie.

“Lo que quiero decir,” respondió, trazando la curva de su mejilla con la mano, “es que es usted demasiado inconformista como para encajar aquí. Veo brillar la rebeldía en esos preciosos ojos verdes suyos y es obvio que preferiría estar en cualquier otro lugar.” Le brillaron los ojos y ella sintió un escalofrío al sentir el tacto sedoso de su dedo contra su piel. “El único motivo por el que está en mis brazos esta noche es por lealtad hacia su hermana.”

“No esté tan seguro.” Laura echo un rápido vistazo sobre el hombro de Tamir y vio a Karen charlando con un senador al otro lado de la sala. “Puede que su encantadora personalidad tenga algo que ver”

Él rió. “Qué descarada,” dijo, dándole un leve apretón en el hombro. “Me gusta.” Entornó los ojos contemplándola. “Y qué hace un espíritu libre e independiente como usted en Washington D.C.?”

Laura suspiró al notar la ironía de la pregunta. “Mis padres se mudaron aquí cuando Karen y yo éramos pequeñas. Tenía intención de irme a otro lugar en cuanto cumpliera dieciocho, pero murieron en un accidente de tráfico poco después. Decidí quedarme porque Karen y yo pasamos por momentos difíciles y pensé que era mejor estar unidas.” Sintió una punzada de amargura al mirar de nuevo a su hermana al otro lado de la habitación. “Pero no sé si he perdido el tiempo. Karen y yo no hemos hecho más que distanciarnos desde que su carrera empezó a despuntar. Ni siquiera sé si me echará de menos si me voy.”

“Es una verdadera lástima,” dijo Tamir. Permanecieron un rato en silencio. Sus ojos brillaban al observarla y ella era muy consciente de la intensidad de su mirada, que la hacía estremecerse. “Si pudiera tomar un avión ahora mismo y poner rumbo a un lugar nuevo y exótico, ¿lo haría?”

“Oh, en un abrir y cerrar de ojos,” afirmó, y sintió que la invadía una oleada de emociones solo de pensarlo. “Siempre he querido viajar alrededor del mundo, ir a París, Brasil, Australia…”

“¿Y Dubái?”

“¿Eh?” Parpadeó.

“¿Y visitar Dubái?” repitió, atrayéndola hacia sí. Sintió una descarga eléctrica recorrer su cuerpo cuando sus pechos rozaron su firme tórax. “¿Se lo pensaría?”

“Oh.” Intentó recordar lo que sabía de Dubái… una ciudad pequeña y en

dificultades que se había convertido en una rica metrópolis de la noche a la mañana al encontrar cantidades ingentes de petróleo en sus tierras. Por lo que había oído, era un lugar enfocado al turismo, con maravillas arquitectónicas como la Fuente de Dubái y la Torre Califa, una pista de esquí cubierta pese a estar situada en el desierto y las famosas islas Mundo. “Por supuesto. Me encantaría visitar Dubái.”

“Muy bien.” Tamir asintió resuelto, como si ya estuviera todo decidido. “Entonces vendrá la semana que viene.”

“Claro… Espere, ¿cómo ha dicho?” parpadeó sin saber si había oído bien.

“Quiero que vuelva a Dubái conmigo,” dijo. “Como mi esposa.”

Laura iba a decirle que estaba mal de la cabeza, pero un torrente de risa sustituyó a las palabras. Las sacudidas provocadas por sus carcajadas eran tan fuertes que tuvo que agarrarse a los hombros de Tamir en busca de apoyo. Paró en seco en medio del salón al notar las miradas de todos fijas en ella.

“No entiendo qué le ha hecho tanta gracia,” al fruncir el ceño, sus atractivos rasgos se ensombrecieron. Volvió a tomarla en sus brazos, adoptando la postura adecuada para el baile antes de mezclarse de nuevo entre los invitados que llenaban la pista.

“¿Me toma el pelo?” volvió a reír. “Su broma ha sido desternillante, debería dedicarse a esto.”

Frunció aún más el ceño. “No era una broma.”

“¿No?” La risa se desvaneció y fue reemplazada por fría inquietud. “No, tiene que ser una broma. No puede creer en serio que vayamos a estar casados la semana que viene.”

Arqueó una ceja. “Puede que la semana que viene no, pero estaremos prometidos, eso seguro.” La acercó aún más hacia sí hasta que estuvieron cuerpo a cuerpo y sintió una ráfaga de calor en el vientre. “Sería una novia muy hermosa, con diamantes adornando su ardiente cabello y cubierta por un velo nupcial.”

“Vaya, qué velocidad.” Se sonrojó pero intentó tomárselo a broma. “¿Tengo derecho de desistimiento si no me convence el matrimonio?”

Se lo pensó. “Me temo que no lo aprobarían, sobre todo tratándose de un miembro de la realeza, pero supongo que podemos hacer una prueba de tres

semanas." Le dirigió otra de sus sonrisas pícaras. "Vivir juntos como marido y mujer en mi palacio para ver si hacemos buena pareja. Pero confío en que no querrá ejercer su "derecho de desistimiento" cuando haya venido a casa conmigo. Se enamorará de mí y de mi país, se lo garantizo."

"Lo veo muy convencido."

Asintió, esta vez con expresión seria. "Siempre cumplo mi palabra. Bueno, ¿qué me dice? ¿Vendrá?"

Laura frunció los labios mientras reflexionaba. Por un lado, no tenía planes de convertirse en la esposa de un gobernante árabe y pasar el resto de su vida en un país de Oriente Medio. Pero por otro, apostaba a que si investigaba un poco podría contar con los dedos de una mano el número de mujeres a las que se les había ofrecido la oportunidad de vivir como un miembro de la realeza durante tres semanas enteras. Por no mencionar que el jeque estaba muy bueno. ¿Qué chica podría negarse a algo así?

Ése es el problema, le recordó una voz en su mente. *Podría dominar tu voluntad hasta el punto de no querer volver a casa. O como es el rey, ordenar que te encierren allí.*

Es ridículo, se dijo enfadada. *No me obligará a quedarme con él contra mi voluntad y de ninguna manera voy a abandonar mi vida en los Estados Unidos, no hay más que hablar. Iré con él, disfrutaré de tres semanas de placer en Dubai y volveré a casa.*

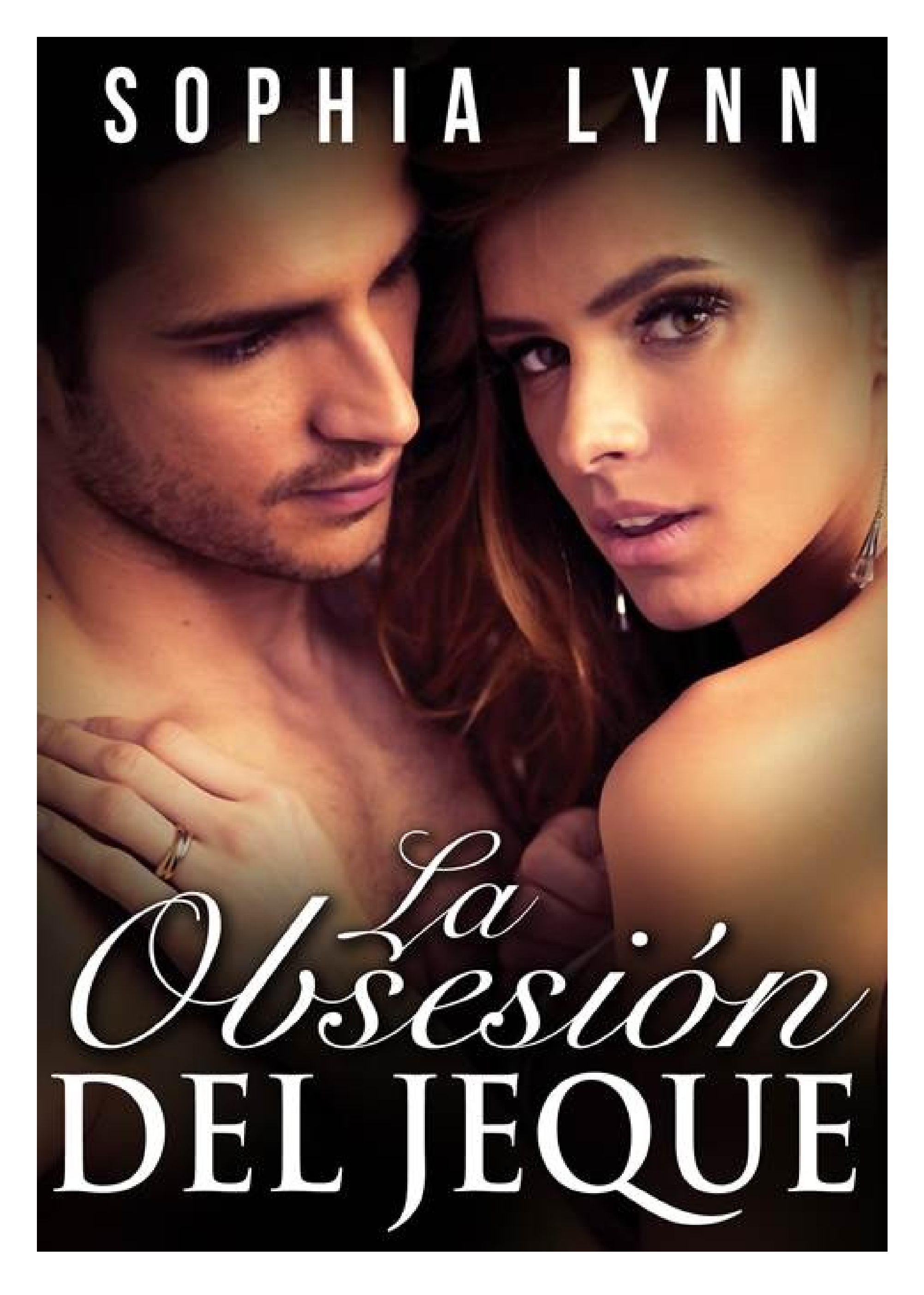
"Acepto su oferta," dijo, segura de que mantendría su postura hasta el final.

"¿De verdad?" Alzó sus cejas oscuras sorprendido.

"Sí."

"¡Excelente!" Esbozó una sonrisa deslumbrante. "Haré que mi asistente organice el viaje de inmediato."

"¡Perfecto!" Laura le devolvió la sonrisa, embargada por la emoción y sintiendo a su vez una punzada de culpabilidad. Iba a tomárselo como un viaje con todos los gastos pagados, ni más ni menos, y cuando terminara, volvería a casa. Al fin y al cabo, le había prometido que podría volver si las cosas no funcionaban y ella estaba segura de que así sería. ¿Qué podía salir mal?


SOPHIA LYNN
La Obsesión
DEL JEQUE